

Puell de la Villa, F. (2005). *El desastre de Cuba, 1898: Las Guásimas, El Caney, Las Lomas de San Juan*. Madrid: Almena

Entre el 22 y el 26 de junio de 1898, la mitad del minúsculo Ejército profesional que mantenía Estados Unidos desde el final de la Guerra de Secesión desembarcó en la costa sudeste de la isla de Cuba. Una semana después, tras forzar las líneas defensivas avanzadas de Santiago de Cuba —o simplemente Cuba, como era usual llamar entonces a esta ciudad—, sus tres divisiones sitiaron la plaza. Al día siguiente, en la madrugada del 3 de julio, la flota española, bloqueada en su bahía desde hacía mes y medio, se hizo a la mar y fue hundida. Santiago capituló y, sin más enfrentamientos, España dio por perdida la Guerra Hispano-Americana y se vio abocada a firmar un leonino tratado de paz.

Probablemente sería preciso remontarse al reinado de Carlos III para comprender y enmarcar con propiedad aquella guerra que, sin grandes batallas y de brevísima duración, saldó los restos de nuestro inmenso y tricentenario Imperio ultramarino y tuvo enormes consecuencias y repercusiones internas y externas.

Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, fue el punto de arranque del imperialismo yanqui y el más sonado antecedente de la vocación de gendarme universal de Estados Unidos, así como su consagración como potencia de primer orden. Por lo que respecta a España, la humillante firma del Tratado de París condicionó la mentalidad y actitudes de los españoles —política, social, ideológica y militarmente hablando— durante buena parte del siglo XX.

Hoy, afortunadamente superada la mayor parte de las connotaciones negativas derivadas de lo que se conoció como *El Desastre*, los principales rasgos distintivos de las operaciones bélicas que se analizarán en estas páginas muy posiblemente sean los gravísimos errores de cálculo y planificación, el asombroso valor y sublime heroísmo de los combatientes, y el hecho anecdótico de haber pasado a la Historia como la última ocasión en que unidades regulares españolas se batieron contra las de otra nación, en el marco de una guerra internacional.

El interés despertado en su época por esta fugaz campaña hizo correr ríos de tinta. Conviene recordar que Europa estaba inmersa en el denominado *Período de la Paz Armada*, por lo que cualquier enfrentamiento bélico, y más si lo protagonizaban naciones occidentales, era minuciosamente analizado por los Estados Mayores, al objeto

de estudiar la doctrina, táctica y empleo del armamento de potenciales adversarios, así como evaluar y contrastar sus propios planes y procedimientos.

Los informes elaborados por algunos agregados militares a las embajadas europeas en Washington, destacados a Cuba como observadores de la primera campaña ultramarina del Ejército norteamericano, fueron publicados por sus autores y constituyen la fuente más neutral para conocer su desarrollo. Entre todos ellos destacan los puntuales relatos e interesantísimos análisis de los combates de El Caney y San Juan escritos por el agregado militar sueco, el comandante Arvid M. T. E. Wester, traducidos al español a principios del siglo XX.

También los protagonistas españoles y estadounidenses describieron los hechos, bastante objetivamente por lo general y mucho más detalladamente. Sin duda, los testimonios más relevantes fueron el del comandante español Severo Gómez Núñez —serio, imparcial, con profusión de datos estadísticos y abundancia de planimetría— y el del coronel estadounidense Herbert H. Sargent, incomprensiblemente no traducido y por tanto apenas conocido en España.

Unos y otros, contrastados con la más reciente bibliografía y enriquecidos con la consulta de una pequeña parte de la amplísima documentación conservada en el Instituto de Historia y Cultura Militar, lamentablemente rara vez manejada por los analistas de esta guerra, permitirán al lector disponer de una visión ajustada y novedosa sobre los tres pequeños combates que determinaron la capitulación de los cerca de 200.000 soldados que España destacó a Cuba entre 1895 y 1898. Para conocer los rasgos y organización de este Ejército se ha utilizado la tesis doctoral inédita de Octavio Avelino Delgado, emigrante cubano nacionalizado en Estados Unidos, leída en 1980 pero que todavía hoy constituye el más concienzudo análisis disponible sobre las unidades españolas que combatieron en Cuba.

I. Los antecedentes del conflicto

Toda guerra suele ser la eclosión de una crisis de naturaleza socioeconómica, larvada durante largos períodos de tiempo. Así como las causas reales del estallido de la Primera Guerra Mundial poco tuvieron que ver con el asesinato del príncipe heredero de Austria en Sarajevo, los factores y circunstancias que desencadenaron el que ahora nos

ocupa se remontan a hechos acaecidos mucho antes de la explosión del acorazado *Maine* en el puerto de La Habana.

Simplificando mucho, unos y otras derivan de la aparición, en la costa oriental de América del Norte, del primer Estado de raigambre occidental, organizado democráticamente; del ansia de tierras y riqueza de la riada de irlandeses y centroeuropeos, hambrientos también de libertad, que cruzaron el Atlántico y se establecieron allí durante el siglo XIX, y de la ineptitud demostrada por las élites españolas decimonónicas en la gestión de los restos de nuestro Imperio colonial, tanto en los planos político, económico y comercial, como en la vertiente naval y defensiva.

Las pretensiones estadounidenses

La Monarquía hispana señoreó sin grandes problemas en las Indias y sus mares, sólo acosados por corsarios y bucaneros, hasta que la indiscutible supremacía naval de los ingleses puso en evidencia la fragilidad de sus defensas. Llegado el siglo XVIII, y liberada España de los compromisos europeos de los Habsburgos, Felipe V ordenó reforzar el sistema defensivo americano y la Guerra del Asiento, popularmente llamada de la Oreja de Jenkins —durante la cual un ejército inglés fue aniquilado por la fiebre tras desembarcar en Guantánamo en julio de 1741, antecedente minuciosamente analizado por los militares estadounidenses cuando preparaban la campaña de 1898—, demostró su eficacia, con la contrapartida de generar en Madrid un exceso de confianza.

La euforia sólo duró veinte años y, en 1762, durante la Guerra de los Siete Años, La Habana y Manila cayeron en poder británico. La posesión de La Habana era vital para España; en su profunda bahía se concentraba cada año, antes de emprender la ruta transoceánica, la Flota de Indias, cuya carga de metales preciosos constituía el principal sustento del Erario público. Su pérdida fue el mayor descalabro sufrido en América hasta entonces, y Carlos III cedió a los ingleses la península de Florida y toda la franja de terreno que mediaba entre el Mississippi y sus colonias norteamericanas para recuperarla.

La firma del Tratado de Versalles en 1783, por el que Gran Bretaña reconoció la independencia de los Estados Unidos de América, obtenida gracias a la ayuda española, permitió recuperar los territorios perdidos, pero cierta imprecisión en la definición del trazado de la nueva frontera hispanonorteamericana dio pie a un interminable litigio, culminado con la liberación del tráfico fluvial por el Mississippi, el aislamiento y

posterior venta de Florida y, en suma, con la apertura del Golfo de México, aguas privativas de España hasta entonces, al tráfico marítimo de la recién nacida nación.

Ellos estarán en su Casa y nosotros muy distantes —dictaminó nuestro embajador en París, el capitán general conde de Aranda, sobre el peligro potencial que suponía el nacimiento de Estados Unidos—; a poco coste insultándonos, y nosotros, a mucho, muy distantes; ellos, pudiendo con influencias, y el ejemplo de su libertad, exaltar los espíritus de nuestros habitantes, y nosotros, que tal vez los tenemos displicentes, muy fuera de mano para apaciguarlos.

Apenas transcurridos cincuenta años, el vaticinio del sagaz consejero de Carlos III se hizo realidad. España se vio obligada a abandonar el territorio continental americano, cuando sus guarniciones, integradas mayoritariamente por criollos y mestizos, antepusieron las ideas emancipadoras que predicaban los vecinos del Norte —plasmadas en la llamada *Doctrina Monroe* de 1823— a la lealtad a un monarca lejano y desconocido.

México, heredero de casi las dos terceras partes del actual territorio estadounidense, no pudo resistir la política expansionista de los yanquis y, en breve plazo de tiempo, quedó confinado al sur del Río Grande. Cuba, situada a escasas millas de la costa de Florida, se convirtió desde ese momento, para la mayoría de los norteamericanos, en recordatorio permanente de su afrentoso y superado pasado colonial, al tiempo que en apetecible presa para muchos estadistas y hombres de empresa, debido a su posición geoestratégica (Mapa n.º 1).

La isla de Cuba, casi visible desde nuestras playas —escribió en 1823 John Quincy Adams, secretario de Estado del presidente Monroe y redactor de su famoso mensaje—, ha llegado a ser un objeto de trascendencia e importancia tan grandes para los intereses políticos y comerciales de la Unión americana, que, probablemente, llegará un día en el que la anexión de Cuba a nuestra República será indispensable para el mantenimiento de la integridad de la Unión.

Superada en 1843 la crisis institucional que amenazaba la supervivencia de la dinastía borbónica desde 1808, los gobiernos de Isabel II no parecieron advertir el cambio que se había operado entretanto en América y continuaron aplicando en Cuba la misma política que había llevado a la pérdida del resto del Imperio: opresión, arbitrariedad, abandono y explotación.

La situación hizo crisis cuando un plantel de jóvenes criollos, educado en el liberalismo en las universidades peninsulares o en la democracia en las norteamericanas,

pasó de reivindicar derechos ciudadanos a pedir autonomía política y comercial; y peligró desde que algunos de ellos, frustrados por la cerrazón de Madrid, comenzaron a exigir la independencia.

Paralelamente, entre los hacendados sudistas fue tomando cuerpo la idea de comprar Cuba e incluirla entre los Estados esclavistas de la Unión, al igual que se había hecho con Luisiana y Florida, adquiridas en 1803 y 1819, respectivamente. Los planes anexionistas perdieron fuerza tras la derrota del Sur en la Guerra de Secesión, momento en el que Washington pasó de tolerar a alentar y subvencionar las actividades de la *Junta para la defensa de los intereses políticos de Cuba*, establecida en Nueva York, que congregaba a los exiliados partidarios de la emancipación.

A partir de 1868, dicha Junta impulsará abiertamente y patrocinará subrepticamente, sin que la Secretaría de Estado atendiese las notas de protesta de nuestros representantes diplomáticos, la revolución armada que, treinta años después y con tres guerras de por medio, cristalizaría en la contienda internacional que enmarca los combates objeto de estas páginas.

La lucha por la independencia

La insurrección de 1895 fue la tercera que asoló los campos de la “Perla de las Antillas”. La primera de ellas, la llamada Guerra de los Diez Años o “guerra grande” —iniciada en 1868 y saldada por la paz de Zanjón en 1878—, fue una contienda larga y cruel, a la que se prestó muy poca atención en la metrópoli, cuyas gentes vivían inmersas en las convulsiones del Sexenio Revolucionario y pendientes de las peripecias protagonizadas por carlistas y cantonales.

En parte, la paz estuvo condicionada por la llegada de tropas de refresco, una vez pacificada la Península. Pero, sobre todo, por el agotamiento y ruina de los partidarios de la independencia, tras una década de lucha sin cuartel. El propio general Martínez Campos, autor del convenio pacificador, dudaba de la eficacia de aquel instrumento para amortiguar el ansia de libertad de muchos cubanos:

Si se le ocurriese ahí a cualquiera —le dijo en Zanjón a Ramón Roa, firmante del pacto por parte cubana, a la vez que señalaba hacia su campamento— dar un grito de ¡Viva Cuba Libre!, habría guerra para otros diez años.

Y el 24 de febrero de 1895 se cumplió su vaticinio. Baire, un pequeño villorrio en la ladera norte de la mítica Sierra Maestra, a unos 50 kilómetros de Santiago de Cuba, ha pasado a la historia como la cuna de la independencia. La realidad fue algo distinta al no ser Baire sino uno más de los muchos lugares donde aquel domingo de Carnaval se leyeron *gritos* independentistas, conforme al metódico plan diseñado por José Martí. Sin embargo, la partida más numerosa, y la única capaz de alzarse en armas contra las tropas españolas, sería la reunida por Bartolomé Masó en Manzanillo, no lejos del punto anterior. Pronto se incorporaron a ella los que iban a acaudillar el ejército de la Cuba Libre: Máximo Gómez, los hermanos José y Antonio Maceo, y Calixto García.

Durante los primeros meses, pese a los ingentes recursos humanos y materiales movilizados por el gobierno español, el movimiento emancipador quedó fuera de control. El capitán general Martínez Campos, derrotado en el combate de Peralejo e incapaz de impedir que la partida comandada por Máximo Gómez y Antonio Maceo —el llamado *Ejército de Invasión*— atravesara la isla de este a oeste, solicitó el relevo. La llegada del general Weyler a La Habana, en enero de 1896, dio un vuelco a la situación. El ejército mambí quedó disgregado, sus partidas fueron abandonando la lucha y la muerte de Antonio Maceo, un año después, liquidó la insurrección en la mitad occidental de la isla. Weyler dio por concluida la campaña de la estación seca de 1897 y decidió esperar al otoño para operar en la parte oriental.

Casi todo parecía enderezado cuando, poco después, el presidente Cánovas fue asesinado por un anarquista, inducido por la Junta Cubana. Sagasta le sustituyó en el gobierno y Weyler fue relevado por el general Blanco, quien partió de la Península con instrucciones de ofrecer paz a cambio de autonomía. Los partidarios de la independencia interpretaron blandura por debilidad y reanudaron la lucha con nuevos bríos.

El 1 de enero de 1898 la autonomía se hizo realidad, pero, en La Habana, unos cuantos oficiales decidieron hacer patente su rechazo a la nueva situación. Tras vandalizar los locales del periódico *El Reconcentrado*, intimidaron a los directores de *La Discusión* y *El Diario de la Marina*, en cuyas páginas, al amparo de la libertad de expresión que garantizaba el régimen autonómico, se había criticado la crueldad de los militares con los guajiros recludos en campos de concentración por el general Weyler.

Este desmán sirvió de excusa a Estados Unidos, donde la descolonización de Cuba se consideraba una asignatura pendiente, para enviar el *Maine* a La Habana, en teoría para

proteger las vidas y propiedades de sus súbditos contra posibles violencias como aquella y, en febrero, el acorazado saltó por los aires.

Hoy nadie defiende que la explosión fuese obra de los españoles. El estudio realizado en 1978 por el almirante H. G. Rickover, jefe de la Sección Nuclear de la Armada de los Estados Unidos y asesor del presidente Carter, en colaboración con el ingeniero naval S. Hause y el físico del Centro de Armas Navales de Superficie R. Price, llegó a la conclusión de que el *Maine* fue destruido por una explosión interna, probablemente originada por la autocombustión del fulmicotón que constituía la carga explosiva de las cabezas de combate de los torpedos o de la pólvora sin humo, a base también de fulmicotón y nitroglicerina, de que iba abastecido.

Diez años después, el historiador cubano Jorge Navarro Custín dio a conocer la teoría de que la verdadera causa fue una mina colocada por insurrectos cubanos, fabricada según las instrucciones y planos que el ingeniero peruano Federico Blume entregó a Arístides Agüero, un agente de la Junta de Nueva York estacionado en Lima.

Sin embargo, hace cien años, a raíz de la tragedia, el comité norteamericano que unilateralmente investigó los hechos dictaminó que la explosión había sido provocada por los españoles. La prensa sensacionalista neoyorquina, la llamada *prensa amarilla*—color del papel en que se imprimían aquellos periódicos—, manipuló el incidente para inclinar a la opinión pública en contra de España y Washington forzó la ruptura de hostilidades.

II. El escenario bélico

En cualquier campaña en el trópico, el terreno es factor decisivo a tener en cuenta. De lo expuesto en el subtítulo anterior puede deducirse que sólo en la parte oriental de la isla se secundaron las proclamas de Martí. Igual había ocurrido en 1868, al inicio de la “guerra grande”; de nuevo, en 1879, el mismo escenario albergó la llamada “guerra chiquita”, y también, en 1958, Fidel Castro lo eligió como base de operaciones en su ofensiva contra la dictadura de Batista. Esta sucesión de alzamientos armados en el mismo lugar no era producto de la casualidad; respondía a las favorables condiciones, físicas y humanas, de una zona muy apropiada para la guerra irregular.

Cuba en 1898

La superficie de Cuba es poco menos de un cuarto de la peninsular (Mapa n.º 2). De este a oeste mide 1.200 kilómetros; de norte a sur, 145 en su parte más ancha y 32 en la más estrecha. A efectos de este estudio, podemos considerarla dividida en tres zonas: oriental (Departamento de Oriente), central (Las Villas y Camagüey) y occidental (Matanzas, Habana y Pinar del Río).

La primera estaba muy poco poblada en época colonial; la configuraban dos grandes macizos montañosos, con alturas superiores a los 2.000 metros —todavía hoy difíciles de atravesar, como observará cualquier viajero que transite por el espectacular viaducto de *La Farola*— y una sucesión de valles profundos, tapizados por árboles gigantescos que daban sombra a una densísima e infranqueable vegetación. El centro de la isla, más llano, aunque no mucho más poblado, conservaba en parte el bosque tropical, interrumpido aquí y allá por ciénagas y campos de caña de azúcar. La parte más rica y habitada era la occidental, cuna de la industria tabaquera y casi totalmente desforestada.

Su clima tropical se hacía insufrible e insano en verano, lo que obligaba a interrumpir la lucha al quedar intransitables los caminos y recrudecerse los brotes de tifus, cólera, malaria y paludismo, la temida fiebre amarilla. La estación de lluvias, con precipitaciones medias de 50 litros por metro cuadrado diarios, era tan perjudicial para la salud, vida y movimiento de las tropas que Máximo Gómez, al preguntarle un periodista norteamericano cuáles eran sus mejores generales, contestó: “Junio, Julio y Agosto”.

Malos caminos de tierra unían entre sí las grandes ciudades del centro y del oeste. Más escasos en oriente, la comunicación entre Santiago y La Habana sólo era posible por vía marítima. Un único ferrocarril regular, paralelo a la costa del Golfo de México, enlazaba la capital con los departamentos centrales. Las demás líneas férreas, en realidad cortos ramales, daban servicio a las haciendas azucareras o a las explotaciones mineras.

A finales del siglo XIX, Cuba rondaba el millón y medio de habitantes, la mitad de los cuales eran negros y mulatos, más una pequeña, pero significativa, proporción de asiáticos. Dos tercios de la población se asentaban en la parte occidental, en el área de influencia de La Habana.

La zona oriental cubría un tercio de la superficie de la Isla. Región escabrosa y atrasada, habitada por 100.000 campesinos de raza blanca que poseían minúsculas propiedades de las que obtenían justo lo necesario para sobrevivir. La población de

origen peninsular era reducidísima, ocupada en tareas militares y administrativas y localizada en unos cuantos núcleos urbanos.

La Guerra Hispano-Americana tuvo lugar precisamente en esta zona, más concretamente en las inmediaciones de la bahía de Santiago, escenario no deseado por los norteamericanos, ni previsto por el Estado Mayor español, como enseguida veremos.

La zona de operaciones

Ciñámonos ahora al teatro de la guerra (Mapas n.^{os} 2 y 3). El actual Departamento de Oriente, llamado entonces Provincia de Cuba, tenía su capital en Santiago, al fondo de la profunda bahía de este nombre. Los principales núcleos de población eran Guantánamo, situada en el interior, unos diez kilómetros al norte de la ensenada del mismo nombre; Manzanillo, en el litoral del Caribe; Holguín, en la ladera norte de Sierra Maestra, y Baracoa, lugar donde desembarcó Colón, en la costa del Atlántico.

La ciudad de Santiago de Cuba se hallaba y se halla emplazada al pie del anfiteatro formado por Sierra Maestra, cuyas alturas de más 2.000 metros, situadas a unos 15 kilómetros de distancia, la circundan totalmente.

El litoral, a lo largo de más de 60 kilómetros a ambos lados de la entrada de la bahía, era bastante inhóspito. Un imponente acantilado, de entre 50 y 80 metros de altura, se alzaba sobre el mar a modo de primer peldaño de la escalinata de sucesivas mesetas que formaban las estribaciones de la sierra.

Las cortinas de agua que, año tras año, se precipitaban sobre la montaña dieron origen a una tupida red fluvial, de la que partían ríos y arroyos, muy caudalosos en verano, que desaguaban al mar a través de profundos desfiladeros. En la desembocadura, los ríos fueron creando pequeñas playas, habitadas por pescadores, aprovechadas en época colonial por los propietarios de las minas existentes en el interior para construir pantalanés, almacenes, talleres, etc., desde los que proceder al embarque del mineral. Los únicos embarcaderos disponibles, a finales del siglo XIX, eran Cabañas y Aserradero, al oeste de la bahía, y Aguadores, Sardinero, Justici, Siboney y Daiquirí, al este.

Entre Aguadores y Siboney, los detritos procedentes de la erosión del acantilado habían ido formando una plataforma costera, estrecha y alargada, por la que discurría un ferrocarril minero desde las explotaciones de Firmeza y Concordia hasta el puerto de Santiago. En su recorrido cruzaba un gran puente de madera —muy similar al

hollywoodiense del río Kwai—, tendido en Aguadores, a la salida del desfiladero del río San Juan, que desempeñó un importante papel en la guerra.

La vegetación en los alrededores de Santiago era tan densa que el movimiento se hacía imposible fuera de los contados y malos caminos existentes. De la capital sólo partían cuatro que fueran aptos para el tráfico rodado. Incluso éstos, con el paso del tiempo, se habían ido transformando en trincheras excavadas a través de la selva, cuyo uso dificultaban las lluvias, y tan angostos en algunos tramos que era necesario desmontar los carruajes y cargarlos a lomo de las caballerías.

Uno, hacia el oeste, llevaba a las minas de El Cobre, donde hoy se alza el santuario de la patrona de Cuba. Otro, en dirección norte, discurría paralelo al acueducto de la represa de Cuabitas, proveedora de agua a la ciudad, para bifurcarse después en dirección a Holguín y Baracoa. El tercero, muy corto, moría en la aldea de El Caney. Quedaba, por último, el utilizado por los yanquis para aproximarse a Santiago, que partía de la aldea de Sigua, situada en la costa, a unos 50 kilómetros de distancia, cruzaba el distrito minero, serpenteaba hasta alcanzar las primeras estribaciones de Sierra Maestra en Sevilla, y, tras vadear varias veces los ríos Aguadores y San Juan, atravesaba las lomas de este nombre y entraba en Santiago.

Ningún otro camino era apto para carruajes. El resto eran en realidad meros senderos abiertos a machetazos en la manigua, cuyo trazado el sotobosque se encargaba de ocultar y cuyo suelo arcilloso dificultaba la progresión, convertido el firme en lodo pegajoso. Conviene, no obstante, prestar atención a los que desempeñaron algún papel en los combates.

Empezando desde el oeste, estaba el que unía Santiago y Manzanillo, cruzando la sierra por Puerto Bayamo, ruta seguida por la columna del coronel Escario en un postrer y baldío esfuerzo de reforzar la guarnición de la capital. Desde El Caney, en dirección noreste, partía otro hacia Guantánamo, cuartel general de la brigada del general Pareja, cuya intervención quisieron impedir los americanos mediante la ocupación de dicho poblado.

Otras dos pequeñas sendas estuvieron más directamente relacionadas con los combates. Una, un sendero amplio pero muy empinado, conectaba la aldea de Siboney con Sevilla y desempeñó un importante papel en el primer enfrentamiento armado hispano-americano: la pomposamente llamada batalla de Las Guásimas. La otra corría en paralelo al camino de Sevilla a Santiago; tardíamente localizada desde el globo

cautivo izado por los americanos, permitió el avance de la división que envolvió por el sur la posición de San Juan.

La ciudad de Santiago no estaba fortificada, pero sí protegida contra posibles ataques de los insurrectos por dos líneas defensivas: una en los pasos de la sierra, desde El Cobre a Escandell, y otra, más cercana, formada por las posiciones fortificadas de San Miguel de Paredes, Dos Caminos del Cobre, Cuabitas, El Caney y San Juan. Dichas posiciones consistían en un blocao con aspilleras y varias trincheras de las llamadas *carlistas* —zanjas de metro y medio de profundidad, que permitían hacer fuego asomando sólo la cabeza y los brazos—, todo ello rodeado de una tupida red de alambradas. Su entidad, en ningún caso superior a los 100 hombres, iba en función de la distancia al núcleo de población donde residía la plana mayor del batallón que las guarnecía.

A ambos lados de la angosta boca de la bahía se alzaban dos imponentes fortificaciones: los castillos de El Morro y La Socapa, pero su artillería dejaba mucho que desear. La mayoría de las piezas eran de bronce y varias databan del siglo XVII. No obstante, con el auxilio de los torpedos instalados a ras de agua y los cañones desmontados de los barcos de la escuadra de Cervera, lograron mantener a raya a la flota americana, cuyos oficiales, al visitar las fortalezas después de la capitulación, quedaron sorprendidos del provechoso y eficaz uso que nuestros artilleros hicieron de tan escaso y primitivo material.

III. Los tres ejércitos combatientes

Las tropas españolas

Los gobiernos de la Restauración nunca se plantearon la posibilidad de crear un ejército de carácter colonial en Cuba, semejante al que los británicos mantenían en la India y en algunas de sus posesiones africanas, o similar al que existía en Filipinas. De haber tomado esa decisión y enrolado en sus filas a los isleños tal vez se hubieran evitado bastantes fricciones, o al menos se habría atenuado la sensación que tenían muchos cubanos de ser siempre tratados como ciudadanos de segunda clase. Dicha circunstancia favoreció la propagación y popularización del ideario independentista, y

también el éxito inicial de la insurrección que culminó con la ruptura de hostilidades entre España y los Estados Unidos en abril de 1898.

El 25 de febrero de 1895 la insurrección cogió desprevenido al reducido ejército estacionado en la isla, cuyas numerosas carencias: —vacantes sin cubrir, falta de instrucción, armamento anticuado y deficiente estructura sanitaria— daban la sensación de que el mando parecía haber olvidado las lecciones tácticas aprendidas durante la “guerra grande”, y que no había sabido aprovechar los años de tregua para profundizar en el conocimiento del terreno, proveerse de mapas o mejorar los caminos.

Los 13.842 soldados que hacían la mili en la isla vegetaban cansinamente en los cuarteles, añorando la hora del licenciamiento y de regresar a casa. Vestidos de guerrera y pantalón azul celeste con rayas negras —el famoso *rayadillo*—, botín guajiro y sombrero de paja de ala ancha con escarapela roja y amarilla, alimentados con arroz y tocino, y dispersos por las guarniciones y comandancias de las distintas provincias isleñas, estaban encuadrados en siete regimientos de Infantería, un batallón de Cazadores, una sección de ordenanzas, una brigada disciplinaria, dos regimientos de Caballería, un regimiento de Artillería de plaza, con una batería montada, una compañía de obreros, un batallón mixto de Ingenieros, una brigada de Sanidad, tres tercios de la Guardia Civil y una compañía de mar.

El gobierno de Cánovas del Castillo reforzó inmediata y considerablemente aquellas tropas a partir del mes de marzo de 1895. En total, España, con sólo 18 millones de habitantes, envió a Cuba nada menos que 185.277 reclutas, 172.000 modernos fusiles de repetición, modelo *Mausser* de 7 mm., con cerrojo y cargador para cinco disparos, y 72 millones de cartuchos.

Para hacerse una idea del ritmo de las expediciones, en enero de 1896, cuando Weyler llegó a La Habana, el contingente ascendía a 80.219 hombres, un año después superaba los 100.000 y en abril de 1898, al inicio de la guerra con Estados Unidos, cuatro cuerpos de ejército, organizados en siete divisiones, 16 brigadas y ocho medias brigadas, encuadraban a un capitán general, un teniente general, nueve generales de división, 18 de brigada, 432 jefes, 5.178 oficiales y 149.693 sargentos, cabos y soldados, aparte de 5.238 caballos y 5.932 mulas.

No obstante, de aquellos 155.332 combatientes sólo 88.712 estaban en condiciones de prestar servicio activo. El resto, o bien permanecía hospitalizado (26.249 hombres), estaba enfermo o convaleciente, o desempeñaba tareas de carácter administrativo.

Nuestros generales, en la lucha contra los mambises, se mantuvieron siempre a la defensiva y optaron por un despliegue excesivamente disperso. Por intentar abarcarlo todo, nunca lograron dar el golpe decisivo al escurridizo enemigo. La protección de los principales núcleos de población y vías de comunicación se encomendó a más de un centenar de diminutos puestos fortificados, guarnecidos por unas docenas de hombres.

Además, con el fin de compartimentar el territorio y aislar a los insurrectos, se construyeron dos grandes trochas —especie de enormes cortafuegos de 500 metros de anchura, tendidos de costa a costa, con fortines y alambradas—, una entre Júcaro y Morón, para evitar las incursiones procedentes de Oriente y Camagüey, y otra en Mariel, que logró neutralizar a Antonio Maceo en Pinar del Río (Mapa n.º 2).

En el momento de iniciarse la Guerra Hispano-Americana, al frente de la Capitanía General de Cuba se encontraba, desde octubre de 1897, el capitán general Ramón Blanco Erenas, marqués de Peña Plata, enviado por el gobierno de Sagasta con la misión de calmar los ánimos y timonear la implantación de la autonomía, tardó instrumento concebido para saldar la insurrección.

Blanco, donostiarra de nacimiento y procedente del Cuerpo de Estado Mayor, tenía sesenta y cuatro años de edad y gran experiencia bélica, aunque siempre en guerras irregulares. Había combatido contra los dominicanos en 1862, contra los carlistas entre 1872 y 1876, contra los cubanos en la “guerra chiquita” y contra los moros de Mindanao en 1893.

Siendo capitán general de Filipinas, le sorprendió la insurrección tagala de 1896. De carácter apacible y dialogante, se le acusó de contemporizar demasiado con los rebeldes, y fue cesado y reemplazado por Polavieja. Tal vez precisamente su forma de ser avaló su destino a La Habana, elección que resultaría nefasta a la hora de tener que capitanear el conflicto internacional sobrevenido, para el que se precisaban mayores dotes de liderazgo, técnica castrense y capacidad de decisión.

Nada más romperse las hostilidades, Blanco decidió articular sus tropas en cuatro cuerpos de ejército, y asignarles un espacio territorial fijo. El IV, con cabecera en Santiago de Cuba, agrupó las tres divisiones que venían operando en la Provincia de Oriente —las de Cuba, Holguín y Manzanillo—, con unos efectivos totales de 36.582 hombres, encuadrados en siete brigadas y distribuidos entre las 14 comandancias y 22 puestos que llevaban tres años enfrentándose a las partidas de Máximo Gómez, José Maceo y Calixto García, al norte y al sur de Sierra Maestra.

Su campo de acción era inmenso: desde Manzanillo, en la costa caribeña, a Baracoa, en la atlántica, incluyendo los importantes enclaves de Holguín, al noroeste, y Guantánamo y su profunda bahía, al sudeste.

La jefatura del IV Cuerpo de Ejército correspondió a Arsenio Linares Pombo, joven teniente general de cuarenta y nueve años. Su fulgurante carrera se había fraguado en los campos de batalla del Sexenio, y Cuba, a donde se incorporó con el grado de general de brigada en 1895, le permitió coronarla con dos nuevos ascensos en tres años.

Su trayectoria posterior resulta, sin embargo, incomprensible. Promotor del cúmulo de desastrosos que condujeron a la rendición de Santiago, fue recompensado con la Cruz de María Cristina —antecedente de la Medalla Militar—, por el revés de las Lomas de San Juan y, tras un indulgente juicio contradictorio, obtuvo la laureada de San Fernando por la misma acción.

Poco después, fue nombrado senador vitalicio y llamado a desempeñar el cargo de ministro de la Guerra en los sucesivos gobiernos conservadores de Francisco Silvela y Antonio Maura. Predestinado a protagonizar sucesos luctuosos, ordenó la movilización de reservistas que desembocó en la Semana Trágica barcelonesa de 1909, y también le cupo la responsabilidad política de la masacre del Barranco del Lobo, cerca de Melilla.

Una de sus divisiones, la de Cuba, integrada por 9.430 hombres, la cuarta parte del total, tenía la misión de defender Santiago y su *hinterland*: la capital, la bahía, la costa, los pasos de Sierra Maestra, las zonas mineras de El Cobre y Vinent, y los campos de cultivo que alimentaban a la población (Tabla n.º 1).

El currículum del general José Toral Velázquez, gobernador militar de Santiago y jefe de la división que guarnecía la ciudad, era mucho menos brillante que el de Linares. Contaba sesenta y seis años y acababa de ascender a divisionario, tras una larga y anodina carrera en destinos peninsulares. Sin embargo, al ser su superior herido en el antebrazo, al pie de las Lomas de San Juan, tuvo que reemplazarle en la insostenible defensa de la plaza, y negociar y firmar la inevitable capitulación. Absuelto por el consejo de guerra que le juzgó al regresar a la Península, se convirtió, no obstante, para la mayoría de los españoles en la cabeza de turco del *Desastre*, lo que le produjo tal depresión que murió a los pocos meses.

Las tropas cubanas

La guerra de Cuba, además de su carácter colonial y de su final internacional, tuvo muchos visos de guerra fratricida, en la que dos bandos se enfrentaron con saña y odio perdurable. Uno, cantera del ejército mambí, estaba formado por los numerosos cubanos partidarios de la independencia. El otro, organizado militarmente en unidades de voluntarios, lo componían los no menos numerosos cubanos interesados en mantener los lazos con la metrópoli y opuestos a cualquier salida negociada al conflicto.

Estos últimos ya habían jugado un importantísimo papel durante la “guerra grande”, tanto en el frente, encuadrados en unidades de guerrillas, como en La Habana, donde lograron imponer su voluntad a varios capitanes generales y protagonizaron algunos vergonzosos episodios, como la condena a muerte, en ilegal consejo de guerra, y posterior fusilamiento de ocho estudiantes de Medicina en noviembre de 1872.

El general Calleja, capitán general de Cuba en febrero de 1895, acudió de nuevo a la movilización de los españolistas nada más iniciarse la insurrección que condujo a la independencia. Durante el primer año de guerra, las unidades de voluntarios, pagadas por los grandes propietarios de las provincias occidentales, se hicieron cargo de la protección de ingenios azucareros y plantaciones de caña en Matanzas, Habana y Pinar, sin que se atendiera su solicitud de ser enviados al frente para luchar contra los mambises.

La primera unidad movilizada fue el *Escuadrón de Comerciantes de La Habana*, organizado a los pocos días del *Grito de Baire* para atender al mantenimiento del orden en la capital. Su plantilla puede darnos la pauta de la entidad de aquellas tropas: un comandante, dos capitanes, cuatro tenientes, dos alféreces, un médico y un veterinario de 2.^a clase, cinco sargentos, 16 cabos, cuatro cornetas, 110 soldados, un herrero y cuatro herradores, de los que sólo uno de los capitanes, el médico y el veterinario procedían de las filas del ejército regular.

Al objeto de tomar conciencia de la importancia relativa de estas unidades, en junio de 1898, al romperse las hostilidades con Estados Unidos, la Inspección General de Voluntarios agrupaba a 1.272 jefes y oficiales y 29.312 sargentos, cabos y soldados, más 9.168 caballos y 87 mulas, encuadrados en tres batallones de Milicias Voluntarias de Infantería, tres tercios de Milicias Urbanas, que hacían labor de policías y bomberos, ocho tercios de Guerrillas Montadas y un noveno, el de *Guerrillas de Cuba*, que combatía a pie.

Las guerrillas a caballo o volantes, que tan buenos servicios habían prestado en la Guerra de los Diez Años, fueron reorganizadas por Weyler en febrero de 1896, con

ocasión de cumplirse el primer aniversario de la insurrección. Los llamados popularmente *montados* constituyeron inicialmente partidas independientes de un mínimo de 30 jinetes, blancos o de color, mandados por un capitán o un teniente del Ejército regular. Al incrementarse su número, se pusieron bajo la dependencia de un teniente coronel o comandante, auxiliado por dos capitanes, el cajero y el pagador, y se las encuadró en cinco tercios territoriales, cuya plana mayor estaba ubicada en La Habana, Santa Clara, Puerto Príncipe, Manzanillo y Santiago.

Al terminar la guerra, el número de tercios se había elevado a ocho y agrupaban a 682 jefes y oficiales, 13.816 jinetes y 9.087 caballos. Aparte, constituyendo una excepción digna de mención, por su participación activa en la lucha contra los americanos, el noveno tercio, con cabecera en Santiago, combatía a pie e integraba a 78 jefes y oficiales y 1.316 voluntarios, más tres caballos y 49 mulas.

Estas unidades de guerrillas desempeñaron un importantísimo papel en los dos últimos años de guerra. El centenar de jinetes que protegía el avance del millar de soldados que solían formar una columna era el verdadero núcleo de cualquier fuerza en movimiento y, por ejemplo, sólo gracias a los *montados* pudo el teniente coronel Escario atravesar los desfiladeros de Sierra Maestra, dominados por los mambises, para reforzar la guarnición de Santiago, sitiada por los norteamericanos.

La uniformidad de los voluntarios era similar a la de los regulares. También como éstos, los mandos iban armados con revólveres *Smith & Wesson*, pero la tropa utilizaba los excelentes fusiles *Remington*, alimentados cartucho a cartucho, reglamentarios en el Ejército español desde 1871 hasta 1893.

En el otro bando, el autotitulado Ejército de la República de Cuba, más conocido como el *ejército mambí*, llegó a alcanzar un máximo de 53.804 hombres en armas, en su mayor parte procedentes de la clase baja, blanca o de color. Sin embargo, en realidad, en la insurrección nunca llegaron a participar de forma simultánea más de 25.000 combatientes, procedentes en su mayor parte del Departamento de Oriente (Tabla n.º 2).

Divididos en partidas de alrededor de cien jinetes, ampulosamente denominadas brigadas, divisiones e incluso cuerpos de ejército, desarrollaron una eficaz guerra de guerrillas, sin ataques en fuerza ni resultados decisivos, limitada a interceptar convoyes, hostigar a las columnas españolas, y atacar pequeños destacamentos aislados. No obstante, sus acciones causaron enormes daños de los que ahora se dicen colaterales: destrucción de poblados y vías férreas, incendios de ingenios azucareros y plantaciones

de caña, amén de asesinatos de colaboracionistas y secuestros de simpatizantes de los españoles.

Aunque los mambises evitaron por lo general enfrentarse en campo abierto con los batallones españoles, éstos sólo llegaron a dominar las áreas urbanas y el entorno de sus campamentos. Tan pronto los abandonaban, formando columnas fuertes pero lentas y poco ágiles, se veían forzados a desplegar para intentar defenderse de un enemigo que se limitaba a amagar para, enseguida, difuminarse en la manigua sin sufrir apenas daños.

En el momento de la intervención norteamericana, el ejército mambí no llegaba a sumar más de 15.000 hombres, muy debilitados y desmoralizados, casi todos dispersos por el Departamento de Oriente. Su general en jefe, el dominicano Máximo Gómez, no llegó a participar en la Guerra Hispano-Americana, al encontrarse prácticamente aislado en la zona norte de la Provincia de Las Villas, en las inmediaciones de Morón. Fueron los 5.000 mambises liderados por su lugarteniente, Calixto García, concentrados en las inmediaciones de Santiago de Cuba, en las estribaciones de Sierra Maestra, y distribuidos entre las partidas de Jesús Sablón, alias Rabí, y del fallecido Antonio Maceo, los que facilitaron el desembarco de los norteamericanos, les guardaron los flancos durante la marcha hasta las puertas de Santiago y participaron en los combates de Las Guásimas, El Caney y Lomas de San Juan.

Las tropas norteamericanas

Estados Unidos, con 38,5 millones de habitantes en 1870, había limitado los efectivos de su ejército a un máximo de 30.000 soldados profesionales después de la Guerra de Secesión. En 1874, el Congreso votó una nueva reducción de 5.000 hombres, pese a estar guerreando ferozmente contra los indios. Este pequeño ejército, tras derrotar a los cheyennes, comanches y kiowas en 1875, a los apaches en 1888 y a los sioux en 1891, quedó estacionado en los 92 fuertes que controlaban las reservas donde fueron confinadas las diferentes tribus.

Allí permanecía todavía cuando el acorazado *Maine* saltó por los aires y Washington se empeñó en entrar en guerra contra España. Su plantilla, aunque la población hubiera alcanzado entretanto la colosal cifra de 73 millones, ascendía a 2.143 oficiales y 26.040 soldados, incluidos dos regimientos de Artillería recién creados.

El 19 de abril de 1898, el Congreso de los Estados Unidos aprobó la “resolución conjunta” que autorizó al presidente William McKinley a intervenir en Cuba, y le ordenó utilizar para ello “todas las fuerzas militares y navales”, y llamar al servicio activo a las “milicias de los distintos Estados de la Unión, en el número que sea necesario”.

España interpretó el documento, refrendado al día siguiente por la Casa Blanca, como una declaración de guerra. El día 23, McKinley instó a los Estados a movilizar 125.000 voluntarios, en función de su población, y el Congreso aumentó la plantilla del ejército regular hasta los 62.597 hombres.

Un mes más tarde, debido a la lentitud con la que los Estados reclutaban su contingente, el presidente ordenó levar otros 75.000 voluntarios, esta vez dependientes directamente del gobierno federal, al objeto de organizar diez regimientos de Infantería, tres de Caballería y tres de Ingenieros.

A finales de mayo, se habían alistado 163.626 voluntarios, permitiendo que la práctica totalidad de las tropas profesionales fueran destacadas a Cuba y Filipinas, y, en agosto, una vez finalizada la movilización, los efectivos del Ejército se habían multiplicado por diez, con un total de 274.717 entre oficiales y soldados.

Días antes de la ruptura de las hostilidades, Washington concentró a las unidades que guarnecían los fuertes de las reservas indias en Chickamauga Park, Georgia. En mayo, fueron articuladas en ocho cuerpos de ejército, de tres divisiones cada uno, y trasladadas a diversos puertos del Golfo de México. Simultáneamente, se habilitó un enorme campamento en Falls Church, a las afueras de la capital federal —actual sede del Cuartel General de los *Marines*—, al objeto de recibir, equipar e instruir la avalancha de voluntarios que se avecinaba.

Una cosa era movilizar hombres y otra muy distinta, equiparles. Estados Unidos sólo disponía de 28.000 fusiles *Krag Jorgensen* —arma de repetición similar al *Mausser* que utilizaban las tropas españolas, pero de menor alcance y robustez—, y 265.895 rifles *Springfield*, almacenados desde la Guerra de Secesión y similares al *Remington* de los voluntarios, aunque más rudimentarios. Tampoco había pólvora sin humo para la artillería ni para los *Springfield*, ni posibilidades de fabricarla con urgencia. Idéntica dificultad existía para adquirir arneses, carruajes, tiendas, etc., y tampoco se pudo comprar tejido de algodón para confeccionar uniformes, lo que obligó a los soldados

norteamericanos a combatir con prendas de paño de lana azul marino en la estación más extremada de un clima tropical.

El V Cuerpo de Ejército, estacionado en Tampa, en la costa oeste de Florida, fue el elegido para constituir la avanzada de las tropas que debían intervenir en Cuba. Lo integraban dos divisiones y una brigada independiente de Infantería, otra división de Caballería, un Grupo de Artillería Ligera, un batallón de Zapadores, una compañía de Transmisiones y una sección de Aerostación (Tabla n.º 3).

Esta gran unidad aglutinó a la práctica totalidad de las fuerzas disponibles en mayo de 1898, pues el resto de tropas profesionales habían partido hacia Filipinas o atendían los servicios mínimos imprescindibles dejados en los fuertes, y las de voluntarios estaban en vías de organización o en proceso de instrucción y equipamiento. De los 25 regimientos de Infantería existentes, 18 embarcaron hacia Cuba; de los diez de Caballería, seis, y todas las baterías de tres de los siete de Artillería, dos de ellos todavía en cuadro.

Los efectivos totales del V Cuerpo ascendían a 16.887 oficiales y soldados, de los que algo más de 14.000 eran veteranos curtidos en las luchas contra los indios; alrededor de 200, reclutas recién incorporados, y otros 2.537, voluntarios movilizados por los Estados de Massachussets y Nueva York.

El jefe del Ejército norteamericano era, desde 1895, el general de división Nelson Appleton Miles, un aristócrata sureño de cincuenta y nueve años, ascendido por méritos de guerra a este empleo en 1863 para ejercer el mando de los 26.000 voluntarios confederados hasta el final de la Guerra de Secesión. Después, reintegrado en el Ejército de la Unión, luchó contra Toro Sentado y Caballo Loco, derrotó a Jerónimo, y dirigió el combate de Wounded Knee, batalla que puso término a las guerras contra los indios.

Miles nombró para mandar el V Cuerpo de Ejército a William Rufus Shafter, otro general de división procedente de las filas sudistas, bregado también en las luchas contra los indios, y muy popular por haber derrotado a los sioux responsables de la muerte del general Custer y la masacre del 7.º de Caballería. Shafter, a sus sesenta y tres años, gotoso, asmático y con más de cien kilos de peso, no era posiblemente el hombre más adecuado para sobrellevar una campaña en el trópico, como enseguida se hizo patente, por lo que Miles se vio obligado a rectificar telegráficamente alguna de sus decisiones y, en última instancia, desplazarse él mismo, primero a Tampa y después a Santiago, para enderezar la situación.

IV. Ruptura de hostilidades

En 1898, estaban todavía muy lejos los tiempos en los que, gracias al desarrollo de las telecomunicaciones, un país es capaz de conocer con asombrosa exactitud los menores detalles del despliegue del ejército contrario. Aquel mes de abril, cuando se declaró la guerra, ninguno de los dos bandos conocía, ni siquiera aproximadamente, los medios y posibilidades del ejército con el que estaba a punto de entablar combate. Por ejemplo, Washington ignoraba la entidad del estacionado en Cuba, y manejaba cifras que fluctuaban entre 50.000 y 200.000 soldados útiles. Madrid, por su parte, desconocía totalmente los efectivos reales y los numerosos puntos débiles de su adversario.

Si esto era así en materias que la prensa de los respectivos países aireaba sin rebozo, y con bastante tino por cierto, qué no ocurriría con la información relativa a la organización, despliegue, planes, armamento, movilidad, etc., de cada ejército. Sorprende hoy, al repasar órdenes de operaciones, partes y telegramas, el despiste y falta de información con que se manejó la situación.

Establecido un hecho, que ha pasado desapercibido para casi todos los analistas de la contienda, llegan a comprenderse mejor muchas de las decisiones tomadas en ambos bandos, debido a que se adoptaban prácticamente a ciegas.

Ante la inminencia de la ruptura de hostilidades, Blanco quiso concentrar todas sus fuerzas, conforme imponía la doctrina napoleónica, en La Habana, en cuyas inmediaciones estimaba que se produciría el inevitable desembarco yanqui. Su intuición era certera, pues éste era el plan de Miles para cuando llegara el otoño, una vez finalizada la movilización y descartada cualquier intervención durante la estación de lluvias.

Los generales españoles, más preocupados por las “terribles” consecuencias que el abandono de las guarniciones tendría sobre la insurrección, que por un hipotético y lejano desembarco, trataron de disuadirle, pero Blanco insistió en su idea:

Si nos empeñamos en defender todo —cablegrafió el 19 de abril de 1898, con singular clarividencia, al general Pando, gobernador militar de Manzanillo—, todo lo perderemos, mientras que concentrándonos, seremos más fuertes, y podremos, con mejor éxito, disputar enemigo lo que más conviene conservar. Guerra se echa encima, y dejar concentración para después desembarco, puede costarnos caro.

Su indeciso carácter le impidió hacer valer su criterio sobre la opinión generalizada de sus subordinados, muy renuentes a dejar el territorio en manos de los mambises, y

convencidos de que las tropas yanquis no superarían la insalubridad de los manglares ni la dureza de la manigua.

A primeros de mayo, desestimada definitivamente la concentración, Blanco ordenó a sus generales que reconocieran el litoral, al objeto de localizar “puntos costa posibilidad desembarco y clase terreno inmediaciones”, con instrucciones de ocuparlos y fortificarlos. Otro comunicado posterior recomendó preparar sucesivas líneas fortificadas a retaguardia, sobre las que replegarse en caso de ser batidos por el enemigo, así como destruir “por rápido medio de voladura e incendio” cualquier muelle o pantalán que pudiera facilitar el desembarco.

Los dos escuadrones del Regimiento de Caballería del Rey, adscritos a la División de Cuba, recibieron la orden de reconocer la costa de Santiago, pero Linares no prestó demasiada atención al resto de las instrucciones del capitán general. En su descargo, conviene tener presente que, muy cerca de Santiago, merodeaba la numerosa partida de Calixto García, lo que exigía mantener dos prolongadas líneas de posiciones: la de Sierra Maestra, con siete destacamentos aislados, y la más cercana a la ciudad, de unos 20 kilómetros de longitud (Mapa n.º 3).

Es también comprensible que considerara insuficientes, para cubrir tan amplio dispositivo, los 12.000 hombres con que contaba para guarnecer la plaza, de los que la cuarta parte pertenecían a unidades de voluntarios, guerrillas, milicia urbana y bomberos, todas ellas integradas por civiles movilizados.

Sin embargo, Linares disponía de otros 20.000 soldados más, dependientes directamente de él y desperdigados por su Departamento, que, oportunamente concentrados, podrían haber defendido los seis puntos del litoral —Aserradero, Cabañas, Aguadores, Justici, Siboney y Daiquirí— donde era viable un desembarco, y haber ordenado fortificar las alturas que dominaban los desfiladeros que partían de ellos y que constituían la única vía de penetración desde la costa.

Tampoco, hasta la madrugada del 22 de junio, se destruyeron los dos pantalanés de Daiquirí, operación que, ante la inminencia del desembarco, se hizo con prisas, bajo el fuego de los barcos enemigos y tan chapucosamente, que en pocas horas quedaron reparados por los zapadores yanquis.

Los norteamericanos fueron más diligentes. El general Alger, secretario de la Guerra de MacKinley, era partidario de entrar inmediatamente en acción para apaciguar a la impaciente opinión pública. A este objeto, el general Miles le presentó un plan, fechado el 26 de abril, que proponía posponer la operación de desembarco al mes de octubre y

efectuarla en las inmediaciones de La Habana. En el entretanto y como carnaza para la prensa amarilla, las brigadas del V Cuerpo de Ejército que fueran llegando a Tampa efectuarían desembarcos en diversos puntos de la costa cubana, con el objetivo limitado de reconocer posibles cabezas de playa, establecer contacto con el ejército mambí y suministrarle armas.

El documento relegaba Santiago a la condición de objetivo secundario, salvo en el caso de que la escuadra del almirante Cervera “quedara bloqueada en la bahía”. De producirse esta contingencia, el Ejército debería acudir “inmediatamente” en auxilio de la Marina, desembarcar en Daiquirí y avanzar hacia la ciudad para sitiarla e intentar destruir la escuadra española, en colaboración con la flota encargada del bloqueo. Es decir, las líneas generales de la campaña de Santiago, tal como se desarrolló a finales de junio, estaban previstas desde hacía dos meses.

El 29 de abril, una brigada estaba a punto de embarcar en dirección al litoral meridional de Pinar del Río, donde erróneamente se creía que operaba la partida liderada por Máximo Gómez, cuando Washington supo que Cervera había partido de Cabo Verde con rumbo oeste. Desde ese momento, ante el peligro de que su misión fuera bombardear la costa estadounidense, donde no existía ni una sola batería de costa, toda futura operación terrestre y naval quedó supeditada al ignoto destino de los seis barcos españoles.

V. El desembarco y los primeros enfrentamientos

Veinte días después, ante los primeros indicios de que Cervera había entrado en Santiago, Miles alertó al V Cuerpo de Ejército de la posibilidad de tener que poner en práctica el citado plan. Pasados otros diez días, el 29 de mayo, se confirmó que toda la escuadra española estaba fondeada en la bahía y Miles, al tiempo que emprendía viaje hacia Tampa, cursó la orden de partir:

Diríjase a copar guarnición Santiago —telegrafió al general Shafter— para colaborar captura puerto y escuadra. Cargue transportes con tropas veteranas Infantería y Caballería, todas ejército regular, con morteros y dos o tres baterías campaña. Autorizado embarcar cuanta Caballería desee, pero desmontada. Limite número caballerías imprescindible necesidades artillería y transporte, pues no se prevé penetrar hacia interior.

El embarque fue bastante caótico. Un ferrocarril de vía única unía la ciudad de Tampa con su puerto, situado a 15 kilómetros de distancia. A final de trayecto se amontonaron decenas de trenes atestados de armas y equipos, sin rótulos para conocer el contenido de unos vagones cargados sin orden ni concierto. A medida que los convoyes iban llegando al muelle, su contenido se introdujo en el primer barco que lo aceptaba, sin ocuparse de tomar nota de la carga.

Varios regimientos de voluntarios llegaron aquí sin uniformes —informaba Miles a Washington, recién llegado a Tampa—; varios sin armas y algunos más sin mantas, tiendas o el equipo de campamento. En las carreteras que rodean Tampa se encuentran más de 300 vagones cargados de material de guerra, [...] 15 cargados de uniformes fueron desviados a unos 30 kilómetros de Tampa y permanecieron allí semanas enteras, mientras las tropas carecían de ropa. Cinco mil rifles, que se encontraron ayer, se necesitaban en varios regimientos. También los elementos del tren de sitio y las municiones del mismo, que se necesitarán inmediatamente después del desembarco, se hallan diseminados en cientos de vagones en las vías muertas del ferrocarril.

La operación predecía un caos aún mayor a la hora de desembarcar, tal como luego sucedió. La tropa pasó hambre, hubo graves problemas sanitarios, falta de municiones, carencia de medios de transporte, pérdidas de equipo y herramientas, etc. El hecho de que, durante varios meses, fueran apareciendo en las bodegas de los transportes bultos que debieron haber sido descargados, da idea de la confusión existente en el puerto de Tampa.

Con todo, el 8 de junio, la expedición estaba a bordo de los 32 trasatlánticos habilitados para la ocasión. La integraban siete generales, 819 oficiales, 15.887 soldados, 30 administrativos, 272 acemileros, 107 maestros armeros y 89 periodistas. Además del armamento individual —fusiles de repetición, la tropa profesional, y de un solo disparo, los voluntarios—, se embarcaron cuatro baterías de campaña, una de cañones y tres de morteros de sitio, tres de ametralladoras —consideradas entonces armas de artillería— y un cañón neumático de dinamita. Los medios de transporte sumaban 952 caballos, 1.336 mulas, 195 carros y siete ambulancias.

Un nuevo imprevisto, el aviso de que un yate de recreo creía haber avistado dos de los barcos de Cervera en aguas de Florida, detuvo la salida de los transportes. Por fin, el día 14, tras comprobar que se trataba de una falsa alarma, se hicieron a la mar escoltados por dos cruceros. A los seis días, todos ellos, excepto una de las dos barcasas remolcadas que se soltó y quedó a la deriva, arribaron a la bocana de la bahía de Santiago.

Vienen unos 30 barcos enemigos por Este —comunicó Linares a La Habana el día 20 de junio—, a la vista hoy amanecer. Es la expedición.

El almirante Sampson cumplimentó al general Shafter a bordo de su buque, el *S. S. Segurança*, y ambos se reunieron con el general cubano Calixto García, acompañado de los jefes de partida Rabí y Castillo, en el campamento de Aserradero. Éstos revelaron la pequeña entidad del despliegue español en el litoral —150 soldados en Aguadores, 100 en Sardinero, 150 en Justici, 600 en Siboney y 300 en Daiquirí— y propusieron desembarcar en este último lugar, cuyos dos pantalanes seguían en pie y cuya guarnición podía ser copada por los 500 hombres de Castillo, que vivaqueaban en las cercanías (Mapa n.º 3).

La propuesta fue aceptada por unanimidad. Se acordó iniciar el desembarco en la madrugada del día 22, y trasladar por mar 4.000 cubanos de la partida de Calixto García de Aserradero a Siboney, mientras la flota bombardeaba la entrada de la bahía, la playa de Daiquirí y Punta Cabrera, cuya guarnición sería atacada por Rabí en una maniobra de distracción.

Sin lugar a dudas, Daiquirí era el lugar obvio para desembarcar. Ya seleccionado por Miles en abril, Blanco también se lo había hecho notar a Linares el 2 de junio —”De intentar desembarco contra [Santiago de] Cuba, supongo Daiquirí el punto elegido”—, recomendándole que destruyera los pantalanes. Linares hizo caso omiso del mensaje, aferrándose al despliegue perimetral ya concluido: “Considero —respondió al día siguiente— más conveniente mantener fuerzas actual situación”. En cuanto a los pantalanes cuya voladura recomendaba Blanco, afirmó que el de madera era de “facilísima y rápida destrucción”, y el de hierro “inservible para desembarco hombres”.

De vuelta en el *Segurança*, Shafter dictó la orden de desembarco:

1. Según instrucciones que se impartirán a los respectivos Jefes de Unidad, las tropas desembarcarán en el siguiente orden:
 - 1.º La 2.ª División del V Cuerpo de Ejército (Brigadier General Lawton). La Unidad de Ametralladoras Gatling quedará afecta a esta División.
 - 2.º La Brigada Independiente del General Bates. Esta Brigada se constituirá en reserva de la 2.ª División del V Cuerpo de Ejército.
 - 3.º La División de Caballería Desmontada (Mayor General Wheeler).
 - 4.º La 1.ª División del V Cuerpo de Ejército (Brigadier General Kent).
 - 5.º El Escuadrón del 2.º Regimiento de Caballería (Mayor Rafferty).
 - 6.º Si fuerzas enemigas ofrecieran gran resistencia al desembarco, el Grupo de Artillería Ligera, o una parte de él, desembarcará siguiendo las instrucciones de su

Jefe, y entrará en acción para apoyar a las fuerzas implicadas en el combate. Si no hubiese gran resistencia, el Grupo de Artillería desembarcará a continuación del Escuadrón Montado.

2. El personal desembarcará con la manta petate individual (incluida la tienda y el poncho), ración de campaña para tres días (incluido café molido), cantimploras llenas y cien cartuchos de fusil por hombre. La munición adicional, ya distribuida a las Unidades, las tiendas de campaña, el equipaje y los enseres de cocina de las compañías quedarán a cargo del repuesto regimental, constituido por un suboficial y dos soldados por compañía.

3. El personal libre de servicio, o que no forme parte integrante de las Unidades mencionadas en los párrafos anteriores, permanecerá a bordo de su barco respectivo hasta que finalice el desembarco y hasta que se le dé autorización para bajar a tierra.

4. El Jefe de Intendencia tendrá a su cargo todos los botes, que administrará de forma que aseguren el desembarco de las tropas conforme al orden indicado en el párrafo 1.

5. El oficial encargado del armamento, 2.º Teniente Brooke, del 4.º Regimiento de Infantería, deberá transportar a la costa, con la primera oleada, cien cartuchos de fusil por individuo, situándolos de forma que puedan ser distribuidos en la línea de fuego.

6. El General en Jefe desea que oficiales y tropa sean conscientes del devastador efecto de un fuego bien dirigido sobre las fuerzas españolas. Todos los oficiales implicados mantendrán con el mayor rigor la disciplina de tiro, y advertirán a sus hombres que sólo deberán utilizar sus armas cuando vean claramente al enemigo.

7. El Mayor John W. Dillenback, del 2.º Regimiento de Artillería, actuará en funciones de Jefe de Artillería del V Cuerpo de Ejército, comisión que desempeñará sin desatender sus obligaciones como Jefe del Grupo de Artillería Ligera.

Todo se desarrolló conforme al plan propuesto por Calixto García. Las guarnición de Daiquirí, al ver amenazada su retaguardia por la partida de Castillo y observar la concentración de buques en el mar, temió quedar embolsada y se replegó sin bajas a Firmeza, tras prender fuego al pantalán de madera, cuyos desperfectos fueron mínimos: un par de planchas quemadas y el resto sólo chamuscadas.

La operación de desembarco fue complicada y con muchos incidentes. La marea baja y la altura de los pantalanes impidieron que los 50 botes disponibles los utilizaran, y la fuerte rompiente dificultó hacerlos encallar en la playa. Aún así, al anoecer, unos 6.000 hombres —toda la división del general Lawton, buena parte de la brigada de Bates y una de las de Caballería de Wheeler— estaban en tierra. La operación culminó el día 26, salvo la artillería de sitio, desembarcada el 1 de julio.

Nada más pisar la playa, la infantería de Lawton avanzó por la tortuosa senda costera que llevaba a Siboney, sin encontrar resistencia alguna, pese a discurrir al pie de un acantilado desde el que un par de compañías hubieran bastado para impedir cualquier movimiento.

Al conocer que los yanquis estaban desembarcando, el jefe de la brigada de la que dependían las guarniciones costeras, el general Antero Rubín Homent, se desplazó de Sevilla a Siboney, al frente de tres compañías. Sin embargo, ante el devastador efecto

del bombardeo naval, decidió replegarse a Sevilla y evacuar por tren a Santiago a los heridos y enfermos, con instrucciones de recoger a su paso los destacamentos de Justicia y Sardinero, y volar el puente de Aguadores nada más cruzarlo.

Llegada la noche, el parte telegráfico que Linares envió a La Habana restó importancia a lo ocurrido. Leyéndolo, nadie sería capaz de deducir que aquel escueto comunicado anunciaba el principio del fin de la presencia española en tierras americanas:

Ocho a tres tarde, cañoneo de los acorazados y algunos cruceros sobre frente costas, desde Punta Cabrera a puente Aguadores. Resto barcos guerra, desde cinco mañana hasta anochecer, rudo ataque contra Siboney y Daiquirí, mientras flota transporte efectuaba desembarco entre Daiquirí y Punta Berraco, no guarnecido por tropas nuestras. Tres compañías, órdenes Teniente Coronel [del Batallón] Talavera, en situación insostenible fuego 60 cañones barcos y movimientos envolventes por tierra tropas americanas desembarcadas, quemó los fuertes, recogió guarniciones y se replegó ordenadamente a la sierra por Vinent. Hizo allí igual operación, corriéndose por estribaciones a Firmeza, donde esta noche se puso en contacto con General Rubín, en Siboney, que también fue batido por fuego rápido escuadra enemiga, resistiendo nuestras fuerzas. Granadas escuadra arrasaron viviendas Siboney y Daiquirí. Imposibilidad sostenernos Siboney, emplazado misma orilla planicie despejada, oblígame rectificar línea resistencia retrasándola altos Sevilla, tres leguas Cuba, para donde salgo. Esta madrugada, columna Coronel Aldea, establecida Punta Cabrera, rechazó ataque por tierra de partida rebelde.

Ocupado el desguarnecido Siboney en la madrugada del día 23, Shafter decidió que el resto de su cuerpo de ejército —dos brigadas de Caballería, la división del general Kent, la artillería, los animales y los equipos— desembarcaran en aquel punto. El cambio ofrecía muchas más ventajas que inconvenientes. Entre éstos, el principal era la falta de pantalanes —problema enseguida resuelto por los zapadores—, lo que inicialmente obligó a vadear la rompiente con el agua hasta el cuello y lanzar los animales al mar para que nadaran hasta la playa.

No obstante, los beneficios obtenidos gracias al repliegue de Rubín fueron muy superiores. Los norteamericanos dispusieron desde el primer día de una amplia base de operaciones costera, sin sufrir una baja y sin disparar un solo cartucho de fusil, diez kilómetros más próxima al objetivo principal —la ciudad de Santiago—, provista de apeadero y material de ferrocarril, y de la que partía un camino carretero que enlazaba con el eje principal Sevilla-Santiago.

El momento más crítico de la operación había quedado atrás. Hasta llegar a la playa, las tropas de Shafter eran prácticamente inofensivas y muy vulnerables. Incluso una vez

allí, podían haber sido barridas desde el acantilado, sin posibilidades de responder al ataque:

Aquella costa era un obstáculo insalvable —declaró el teniente coronel Theodore Roosevelt, segundo jefe de los *Rough Riders* y sucesor de McKinley en la Casa Blanca—, de haber ofrecido resistencia los españoles. Con poco coste para ellos y con sólo desplegar medio millar de valientes en los abruptos y verticales acantilados, coronados por densísima vegetación, el desembarco hubiera sido imposible.

Así, no se comprende la prematura evacuación de Daiquirí y Siboney, y menos que Linares no hubiera emplazado un par de batallones en la cresta del acantilado. La sensación que dan los partes remitidos es que ni siquiera se contempló la posibilidad de rechazar el desembarco, a no ser que, por exceso de confianza o por un erróneo análisis de la situación, creyera que los norteamericanos nunca lograrían pisar las costas de Santiago.

VI. Tres pequeños combates de colosales consecuencias

La acción de Las Guásimas

El combate de Las Guásimas fue un hecho casual, que no pasó de un encontronazo entre una de las brigadas de la División de Caballería, que actuó sin conocimiento de Shafter, con la columna del general Rubín, que estaba a punto de abandonar aquella posición.

El día 23, muy de mañana, el general Linares, al frente de 700 hombres y dos cañones de montaña, había decidido acercarse a la zona del desembarco para evaluar de primera mano la situación. Al llegar a Sevilla, se topó con una de las compañías procedentes de Siboney, y a las pocas horas llegó el resto de la columna del general Rubín, perseguida de cerca por la partida de Castillo.

El estado de postración y desánimo de la tropa le desalentaron, y estimó que sería muy difícil, por no decir imposible, permanecer en Sevilla. De momento, se limitó a evacuar a los heridos y enfermos, y ordenar a Rubín que, como primera providencia, fortificara el terreno para contener a los cubanos y bloqueara el camino de Siboney a Sevilla, antes de su cruce con el que enlazaba Santiago y el distrito minero (Mapa n.º 4).

Linares distribuyó a sus 1.500 hombres en tres líneas. La primera, situada en la colina de Las Guásimas, 200 metros por encima del nivel del mar, dominaba el valle del

arroyo que desembocaba en Siboney. La segunda, a las afueras de Sevilla, defendía el cruce de caminos y protegía el emplazamiento de la artillería. La tercera, en La Redonda, una casa de campo deshabitada, agrupaba reserva e impedimenta.

La operación se interrumpió en varias ocasiones, al ser hostigada la primera línea por los cubanos, que fueron repelidos. No obstante, al caer la tarde, Linares dio orden de abandonar la posición, “después de distribuir el desayuno” del día 24, y regresar a Santiago para ocupar la línea de posiciones ligeramente fortificadas del perímetro urbano. Esta decisión, debida sin duda a un análisis de la situación demasiado pesimista, sentenció casi definitivamente la Guerra Hispano-Americana.

Shafter, por su parte, había decidido, casi al mismo tiempo que Linares ordenaba abandonar Las Guásimas, hacerse fuerte en Siboney “hasta asegurarse los medios de abastecer a las tropas”. La fatalidad hizo que, antes de conocer esta orden, el general Wheeler, jefe de la División de Caballería, tomase la iniciativa de enviar la brigada del general Young, la primera que había desembarcado, a atacar la posición española, localizada gracias al encuentro fortuito con Castillo, que regresaba de su frustrado intento de coparla.

Al amanecer del día 24, Young partió de Siboney en dirección a Sevilla. Bajo su mando, dos escuadrones, con cuatro pequeños cañones *Hotchkiss* de 42 mm, tomaron el camino carretero que seguía el curso del arroyo. El coronel Wood, con dos escuadrones de *Rough Riders* —regimiento de voluntarios al que pertenecía Theodore Roosevelt—, y dos ametralladoras *Colt*, siguió la senda que, por la cima del acantilado, confluía con el anterior a retaguardia de la primera línea. Sumaban en total 964 hombres; enfrente tenían 1.500, bien situados, suficientemente atrincherados, y con dos cañones de montaña.

Tras dos horas de agotadora marcha cuesta arriba, acribillados por los mosquitos, Young avistó las trincheras españolas. Emplazó las ametralladoras y dio tiempo a que Wood, que avanzaba por terreno más difícil, se pusiera a su altura. A las ocho, incorporado Wheeler al combate, los *Hotchkiss* abrieron fuego y la tropa se lanzó al asalto. La respuesta española fue contundente; los atacantes retrocedieron, fue preciso poner a cubierto las ametralladoras, y Wheeler pidió auxilio a la infantería de Lawton, acampada en Siboney.

Los *Rough Riders*, cuyas *Colt* continuaban a lomo de las mulas que vagaban por la manigua, tras huir los acemileros cubanos, lograron trabajosamente desbordar el ala derecha de la primera línea española. En ese momento, Rubín decidió acelerar el

repliegue, operación iniciada al amanecer en cumplimiento de las órdenes de Linares e interrumpida por el ataque.

Los yanquis quedaron tan agotados que Wheeler desistió de perseguir a los defensores, reunió a sus hombres y los condujo de vuelta a Siboney. Linares, tras emplazar la artillería en La Redonda, para proteger el repliegue de Rubín, se dirigió a Santiago, donde se apresuró a telegrafiar a La Habana:

Acabo llegar Cuba. Resumiendo ocurrido ayer y hoy, después marcha ayer, Columna General Rubín, a mis órdenes, fue atacada mediodía y por la tarde. Esta mañana, fuerzas consideración con artillería atacaron de nuevo con decisión, presentándose al descubierto, y fueron rechazadas con numerosas bajas vistas, observándose ya combinación con partidas rebeldes y gritos “viva Cuba independiente”. Circunstancia no poder tomar ofensiva hasta llegada tropas Manzanillo, y la de quedar debilitadas defensas exteriores Cuba, para formar columna, han determinado resolución regreso, que se ha efectuado sin hostilizarnos enemigo, sin embargo posiciones que dejábamos a retaguardia.

Nada más recibir el anterior telegrama, Blanco debió montar en cólera y, con suaves maneras decimonónicas, le recriminó que hubiera abandonado tan ventajosa posición:

V. E., a quien tengo completa confianza, habrá podido apreciar mejor las circunstancias, pero quizás hubiera sido preferible, en mi concepto, conservar la excelente posición de Sevilla, tanto más cuanto que desde ella se rechazó al enemigo. Conviene a mi juicio retardar todo lo posible concentración sobre Cuba y no abandonar posiciones mientras no sea absolutamente indispensable.

La respuesta de Linares no se hizo esperar. En larguísimo e indignadísimo telegrama, solicitó ser relevado, pero advirtiendo al capitán general: “mientras tanto haré lo que considere más honroso”. Para comprender mejor las razones que le impulsaron a abandonar Las Guásimas, veamos los párrafos donde justificaba su decisión:

No se extremó resistencia zona minera porque se hizo repliegue Daiquirí antes ser envueltos defensores, y de Siboney, por orden mía, porque no quise sacrificar vidas estérilmente en insensata lucha de fusiles contra mejor y más poderosa artillería conocida [...] Fui a Sevilla con 700 hombres todas armas, que aumenté con 800 replegados zona minera, total 1.500, y para ello dejé a General Toral, para defensas exteriores Cuba, siete kilómetros extensión, columna Vara Rey, fuerte 450 hombres, distrayéndolo de su misión. Primer instante Sevilla, dejando el vacío a mi espalda, me encontré con 100 heridos y enfermos tendidos, por escasa y deficiente alimentación, batiéndose de día, durmiendo sobre el fango de noche, expuesto a que el enemigo, guiado por partida rebelde, me rebasara por los flancos y se interpusiera entre el único núcleo de fuerzas que dispongo y la Plaza débilmente guarnecida, con la agravante circunstancia de que no tengo galleta [...] y por consiguiente, de los 1.500 hombres conmigo en Sevilla, me veía obligado distraer diariamente 500 para racionarme en Cuba, con recorrido seis leguas, ida y vuelta, de accidentado terreno dominado por los flancos. Esto sin contar con las bajas que diariamente

produciría mi permanencia allí en tropas aniquiladas por inanición. En esas condiciones me replugué, no a Cuba sino a sus obras exteriores, en disposición tomar ofensiva a la llegada Escario.

Sustituir a Linares era imposible en aquellas circunstancias, y Blanco tuvo que desdecirse, excusarse y autorizarle a obrar como le pareciera más conveniente:

Creo no es V. E. justo mostrándose resentido con quien sólo le ha demostrado afecto e ilimitada confianza. Mis indicaciones, hijas de mi buen deseo, no tienen nada de preceptivo, siendo más bien observaciones amistosas para conocer bien la situación.

Aunque la llamada batalla de Las Guásimas, ensalzada y magnificada por la prensa neoyorquina, apenas pasó de un intercambio de disparos, ocasionó graves perjuicios a la causa española y redundó en grandes ventajas para los norteamericanos.

Empezando por éstas, reforzó la moral de su ejército, convencido de haber obligado a batirse en retirada a toda una brigada española, le abrió el camino de Santiago, y le brindó una magnífica base de operaciones en el interior, alejada de los insalubres manglares costeros, a diez kilómetros de la ciudad pero al abrigo de su artillería, y con suficiente agua potable para cubrir todas sus necesidades.

En contrapartida, privó a los españoles de una posición clave, fácilmente defendible. Posición clave, por la propia fortaleza del terreno donde se ubicaba, y también porque, desde el punto de vista estratégico, su ocupación condenaba a Shafter a permanecer varias semanas, hasta recibir suficientes refuerzos, en la plataforma litoral de Siboney, hostigado desde los acantilados por nuestras tropas y minado poco a poco su ejército por todo tipo de enfermedades tropicales.

Si Linares hubiera sabido, como era su obligación saberlo, que Calixto García se había trasladado de Aserradero a Siboney, y de que ningún americano había desembarcado al oeste de la bahía, como tozudamente continuó sosteniendo hasta caer herido en San Juan, podría haber desplegado en Las Guásimas más de 10.000 hombres, con los que, haciendo gala del mismo valor demostrado en los puestos avanzados de Santiago pocos días después, habría neutralizado totalmente a los yanquis. Tal vez, incluso hubieran decidido reembarcar ante el riesgo de ser aniquilados por la fiebre, como les ocurrió a los ingleses en 1741, episodio que Miles y Shafter conocían al dedillo.

Los preparativos del combate del 1 de julio de 1898

Por propia voluntad, Linares se recluyó en Santiago de Cuba y, desde ese momento, perdió toda libertad de acción. Más pendiente de la amenaza mambí que de las tropas norteamericanas y falto de información sobre las intenciones de Shafter, actuó convencido de que el principal objetivo de los norteamericanos era ocupar las fortalezas que guardaban la entrada de la bahía, con la intención de confinar y destruir los barcos de Cervera.

Siempre creyó que las dos divisiones desembarcadas en Daiquirí intentarían apoderarse de El Morro, y que la otra división que, erróneamente, estimaba lo había hecho en Punta Cabrera avanzaría hacia La Socapa, guiada y apoyada por los 5.000 hombres de Calixto García, trasladados en su mayor parte a Siboney varios días antes.

Para proteger la retaguardia de El Morro, situó todo un regimiento de Infantería entre dicho punto y el puente de Aguadores (Mapa n.º 3). Y sobre las vías de aproximación a La Socapa, un batallón reforzado, con el puesto de mando en San Miguel de Paradas, y sus compañías desperdigadas a lo largo de los 12 kilómetros que mediaban entre la bahía de Cabañas y las minas de El Cobre. Además, solicitó a Cervera que desembarcara parte de sus tripulaciones y las desplegara a lo largo de los 14 kilómetros del contorno interior de la bahía, al objeto de cubrir los flancos de ambas fortalezas.

De hecho, el nuevo despliegue apenas introdujo cambios en el concebido para proteger la ciudad de las incursiones mambises, meses antes del desembarco: una línea de posiciones alrededor del recinto urbano, y otra lejana, integrada por las guarniciones de los pasos de la sierra..

La única novedad, aparte de la colaboración de la marinería de la escuadra de Cervera, fue concentrar en la aldea de El Caney a las tres compañías y la sección de guerrillas que, desplegadas al pie de la sierra, tenían como misión vigilar y defender los campos de cultivo.

La elección de este lugar de concentración era muy acertada, al estar equidistante de los dos objetivos que se pretendían cubrir. De una parte, sólo unos kilómetros lo separaban del paso de Escandell, por donde se esperaba y anhelaba que hicieran aparición los 5.592 hombres de la brigada del general Pareja, de los que no se sabía nada desde que, el 10 de junio, la Infantería de Marina yanqui desembarcó en la bahía de Guantánamo y cortó el cable submarino. De otra, la represa y el acueducto de

Cuabitas, que abastecía de agua a la ciudad, quedaban aún más a mano, en caso de ser preciso defenderlos.

Mientras la guarnición de Santiago tendía nuevas alambradas, aspilleraba las casas y excavaba trincheras carlistas en las alturas, el achacoso Shafter, obligado a guardar cama a bordo del *Segurança*, delegó en Wheeler el traslado de la base de operaciones a las inmediaciones de Sevilla, donde enseguida se concentró la práctica totalidad de los efectivos del V Cuerpo de Ejército y los hombres de Calixto García.

El día 26, Wheeler, acompañado por el general Lawton, hizo un reconocimiento del terreno, que permitió localizar y evaluar el despliegue español, la aparente falta de artillería y la dificultad de abastecer las posiciones. La ocasión fue aprovechada por el teniente coronel Derby, jefe de Ingenieros del Cuerpo de Ejército, para levantar un detallado plano topográfico de la zona de operaciones, que todavía sorprende por su precisión.

Al día siguiente, desembarcaron en Siboney otros 1.365 voluntarios, procedentes de Michigan y Massachussets, parte de la brigada que, al mando del general Duffield, terminó de llegar el 1 de julio.

Al anochecer del día 28, García informó de que una brigada española se aproximaba a marchas forzadas a Santiago, con tropas de refresco, víveres y munición. Se trataba de la columna mandada por el coronel Federico Escario, quien, al frente de 3.500 hombres, había partido de Manzanillo seis días antes y se esforzaba por atravesar Sierra Maestra, hostigado continuamente por los mambises. El ansiado refuerzo, en el que tantas esperanzas había puesto Linares, no entró en la ciudad hasta la noche del 3 de julio, cuando su presencia sólo sirvió para complicar la logística de los sitiados, pues en lugar de víveres llegaron nuevas bocas que alimentar y numerosos heridos y enfermos que atender.

Sin embargo, la noticia del inminente refuerzo aceleró los planes americanos. Shafter decidió no esperar a completar la brigada de Duffield y trasladó su cuartel general a La Redonda. Al amanecer del día 30 reconoció el terreno que tenía a vanguardia desde una altura cercana, y al mediodía convocó a sus generales para trazar el plan de acción (Mapa n.º 5).

Informado por Lawton de que la pequeña guarnición de El Caney, que amenazaba el flanco norte de la operación que se estaba planteando, podía quedar neutralizada en un par de horas, le asignó una batería y le ordenó atacarla nada más salir el sol. Una vez

ocupada la posición, su división debería marchar directamente sobre Santiago, constituida en ala derecha de la acción principal.

Las divisiones de Wheeler y Kent, encargadas de conquistar el principal objetivo —la línea de alturas, perpendicular al eje de marcha, que ha pasado a la historia con el nombre de Lomas de San Juan—, recibieron la orden de abandonar sus campamentos al amanecer, ocupar la base de partida, establecida en las cercanías de la finca El Pozo, y esperar allí hasta que Lawton tomara El Caney y se incorporara al combate.

Simultáneamente, el general Duffield, todavía en Siboney con los dos regimientos disponibles de su brigada, integrados por voluntarios someramente instruidos, debía avanzar por la plataforma litoral y simular un ataque al puente de Aguadores, apoyado por los cañones de la flota para darle visos de verosimilitud.

La heroica defensa de El Caney

El 30 de junio de 1898, al caer la tarde, la 2.^a División de Infantería, integrada por 5.220 hombres y reforzada por cuatro cañones de 75 mm., partió de El Pozo en dirección norte, camino de El Caney, separándose sus tres brigadas a la altura de la hacienda Marianage (Mapa n.º 5).

El único temor del general Lawton era que la guarnición se replegara antes de oponer resistencia, como había ocurrido en Las Guásimas, razón por la que eligió un despliegue en forma de tenaza para que no se le escapara de las manos.

La Brigada I/2, mandada por el general Ludlow, se dirigió a la finca Ducoureau, para embestir el poblado desde el sur, siguiendo el eje del camino procedente de Santiago. La II/2, mandada por el general Miles, se constituyó en reserva divisionaria, a retaguardia de la anterior, destacando un regimiento para proteger el puesto de mando de Lawton y el emplazamiento de la batería, situados a medio camino entre Marianage y El Caney. Y la III/2, mandada por el general Chaffee, se abrió hacia el nordeste, al objeto de atacar de flanco la posición (Mapa n.º 6).

Tras vivaquear sobre el terreno, los hombres de Ludlow y Chaffee abandonaron su base de partida con la alborada y avanzaron hasta situarse a menos de un kilómetro de las trincheras españolas. A las 6.30 horas de la húmeda y calurosa mañana del primer día de julio, la artillería abrió fuego contra 12 mulos que volvían a Santiago tras haber municionado la posición, dando el pistoletazo de salida para un combate que se vaticinaba breve y poco problemático.

Evidentemente, los yanquis no conocían las virtudes del soldado español, encarnadas en aquella ocasión por 391 hombres del Regimiento de Infantería de la Constitución y 41 del de Cuba, que lucharon codo a codo con 95 voluntarios cubanos, ni podían imaginar el temple del jefe que les mandaba: el general de brigada Joaquín Vara de Rey y Rubio.

Vara de Rey había nacido en Ibiza, hacía cincuenta y ocho años. Como toda su generación, contaba con dilatada experiencia bélica, adquirida en las guerras del Sexenio y en Filipinas. En marzo de 1895, nada más iniciarse la insurrección, solicitó el traslado a Cuba. Recién incorporado, se hizo cargo de la guarnición de Bayamo, en el corazón de Sierra Maestra, y poco después del mando del Regimiento de Infantería de Cuba, con el que logró desarticular la importante partida de José Maceo, acción recompensada con el ascenso a general en 1897.

La heroica defensa de El Caney, donde fue herido y rematado por los soldados de Ludlow cuando era evacuado, le valieron ser enterrado con honores por el enemigo, la cruz laureada de San Fernando, el bello monumento que se alza en el corazón de su ciudad natal y, sobre todo, la gloria del reconocimiento unánime y universal de su pericia militar y heroico comportamiento.

La aldea de El Caney, situada a seis kilómetros de Santiago, agrupaba dos docenas de casas de una planta, encaramadas en un cerro a la sombra de Sierra Maestra, y al amparo de la iglesuela que presidía su plaza. Al otro lado del profundo cauce del arroyo de Las Guamas, sobre un otero, se alzaba el fortín de *El Viso*, edificio de mampostería construido cuando la “guerra grande”. Otros seis blocaos de madera —*Norte, Río, Asia, Matadero, Izquierdo* y *Cementerio*— flanqueaban el caserío. La abundancia de fortificaciones revelaba la importancia del enclave, llave del camino de Guantánamo, centinela avanzado de la ciudad de Santiago y privilegiado observatorio de la amplia extensión de terreno despejado circundante.

Cuando, el 23 de junio, la columna de Vara de Rey entró en El Caney, los hombres fueron distribuidos entre los siete fortines existentes, eficaz abrigo contra los fusiles insurrectos, pero muy vulnerables al fuego de la artillería. Alrededor de *El Viso* y del poblado, se procedió a excavar varias líneas de trincheras carlistas y a aspillerar las fachadas traseras de las casas. Más a vanguardia, se tendieron alambradas, y parapetos de tierra en la desembocadura de las calles. La iglesia y la cárcel, ambas de piedra y con tejado de pizarra, se acondicionaron como último reducto defensivo.

Los trabajos se ultimaron al anochecer del 30 de junio y la luna llena permitió ensayar movimientos y repliegues, tender líneas telefónicas, distribuir los 48.000 cartuchos que acababan de llegar de Santiago y calcular la distancia a los objetivos, anotando dicha apreciación en cada puesto para que los tiradores pudieran ajustar el alza de sus fusiles.

Al oír el primer cañonazo, los 527 defensores corrieron a ocupar sus posiciones. Los de la sección del Regimiento de Cuba, en *El Viso* y sus trincheras; dos compañías del de la Constitución, en los blocaos y trincheras de El Caney; otra de reserva, en los edificios de la plaza, y los voluntarios, formando una segunda línea en las casas aspilleradas. En total, unos 300 hombres, encarados hacia el este, y otros 200, hacia el sur.

La primera descarga de fusilería partió de *El Viso*, cuyos soldados localizaron a los hombres de Chaffee en la colina del Bosque, situada a medio camino entre el fortín y el arroyo Rodeo. El blocao *Norte* se unió al tiroteo. Los yanquis desistieron de avanzar y se pusieron al abrigo de la colina. Trascorridas las dos horas de combate previstas por Lawton, la brigada que llevaba el esfuerzo principal continuaba pegada al terreno, diezmada por las bajas, y sin haber progresado un solo metro en dirección al objetivo.

El contrariado Chaffee decidió olvidarse de *El Viso*, donde estimó que habría un mínimo de 500 hombres, cuando en realidad eran 40, y ordenó a sus regimientos rodearlo por el norte y cargar directamente sobre el poblado. Los 1.740 hombres de su brigada se pusieron en marcha y vadearon el curso alto del arroyo que daba nombre al fortín. Al asomar por la loma situada frente al blocao *Río*, quedaron de nuevo detenidos, y esta vez al descubierto.

Los sucesivos intentos de continuar avanzando fueron baldíos ante la eficacia de las cerradas descargas procedentes de las trincheras españolas. La posibilidad de respuesta era nula; los oficiales, con anteojos, sólo eran capaces de vislumbrar las finas líneas oscuras de la tierra recién removida de las trincheras, y los soldados, a simple vista, unos cuantos sombreros de paja que surgían esporádicamente del suelo para desaparecer antes de llegar a apretar el gatillo. A las diez, tras tres horas de combate y permanecer en aquel matadero cerca de una hora, Chaffee decidió retroceder y poner sus hombres a cubierto.

La Brigada I/2 no había tenido mejor fortuna. El general Ludlow había desplegado dos regimientos sobre el camino de Santiago, para impedir la huida de la guarnición, y enviado el tercero a localizar otras posibles vías de escape, cuando escuchó la primera

descarga de fusilería. Ávido de participar en la supuestamente inmediata victoria, dio orden de aproximarse más al enemigo.

Su ala izquierda avanzó hacia las lomas situadas al oeste del blocao *Izquierdo*, y la derecha por el camino principal. Al ser avistadas, los 200 hombres atrincherados al sur de El Caney abrieron fuego. Los dos regimientos de soldados profesionales, uno en cada ala, lograron trabajosamente progresar unos cuantos metros, antes de agazaparse a medio kilómetro de la posición, pero el 2.º de Massachussets, el único de voluntarios que intervino en la acción, fue presa del pánico, convertido en blanco preferente de los españoles, que distinguían con claridad las nubecillas blancas originadas por los anticuados cartuchos del *Springfield*. Sus tres batallones buscaron refugio, sin querer saber nada más del combate, por lo que Ludlow decidió enviarles de regreso a la base de partida.

El tiempo transcurría y El Caney seguía en poder de Vara de Rey, por lo que, al mediodía, Lawton resolvió llevar a primera línea a la brigada de reserva. Más o menos a la misma hora, el general Shafter, muy preocupado por la tardanza, que paralizaba la acción principal sobre las Lomas de San Juan, dio orden de marchar hacia El Caney a la brigada independiente de Bates, reserva del V Cuerpo de Ejército.

A partir de ese momento, los 527 españoles iban a tener enfrente 6.453 norteamericanos y 200 cubanos —en proporción de uno a doce—, hecha abstracción de las bajas existentes en cada campo.

Hacia la una, ambas reservas desplegaron al sur de *El Viso* y la batería entró en posición más cerca del objetivo. El refuerzo tampoco fue suficiente para doblegar la resistencia española. Entretanto, los atacantes de San Juan, hartos de esperar y acribillados por las balas, se habían lanzado al asalto. Ante la situación planteada, Shafter desistió de ocupar El Caney y, a las dos, decidió recuperar unas tropas que llevaban combatiendo siete horas inútilmente:

Lawton: Yo renunciaría a esos pequeños fortines, que no pueden causarnos daño. Convendría que la brigada de Bates, la división de usted y los hombres de García tomen el camino de Santiago para constituir el ala derecha de las fuerzas que avanzan por el camino de Sevilla, en este momento empeñadas en arduo combate.

Una vez más, la fortuna no estuvo del lado español. Cuando el portador de la orden llegó al puesto de mando de la 2.ª División, su artillería, tras corregir y concentrar el tiro, trituraba materialmente el fortín *El Viso*, y tres regimientos estaban a punto de

lanzarse al asalto de sus trincheras. Lawton contestó que era tarde para echarse atrás y, hacia las tres y media, los yanquis lograron poner pie en esta posición.

La resistencia continuó hasta el último momento. El cadáver de uno de los atacantes fue recogido a 23 pasos de las trincheras, donde yacían diez españoles muertos y otros once heridos. Doce más fueron capturados y siete lograron refugiarse en El Caney. Aquellos 40 quintos habían tenido en jaque a cerca de 4.000 soldados profesionales, no obstante haber derrochado los norteamericanos bravura y tenacidad durante nueve horas:

Nunca he visto —reconoció uno de los oficiales de Vara de Rey— nada parecido al arrojo y valor de los soldados americanos. Avanzaban sobre nuestras trincheras sin camisa, con el pecho desnudo expuesto al fuego letal de los fusiles.

La pérdida de *El Viso*, que inevitablemente llevaba aparejada la del poblado, no fue óbice para que el combate se prolongara otras dos horas, hasta las cinco y media de la tarde.

El valor de los españoles superó todo lo imaginable —comentaba el coronel Sargent, puntual cronista de la epopeya—. Las granadas hacían explosión en las calles, los blocaos saltaban por los aires, esquirlas de plomo barrían las trincheras, penetraban en cada rendija, en cada esquina, en cada aspillera, pero los soldados de aquel incomparable héroe, el general Vara de Rey, serenos y decididos, no dejaban de emerger de las trincheras para lanzar descarga tras descarga sobre los atacantes.

Efectivamente, aunque el fortín, expuesto a las descargas procedentes del poblado, hubo de ser abandonado por los asaltantes, los blocaos *Asia* y *Matadero* fueron hechos astillas por la artillería, y el fuego concentrado de diez regimientos obligó a abandonar las trincheras y refugiarse en el caserío. Los proyectiles comenzaron a enfilarse las calles hasta alcanzar incluso la plaza de la iglesia, donde Vara de Rey tenía su puesto de mando y donde una bala le atravesó ambas piernas, herida que le obligó a entregar el mando al teniente coronel Puñet, jefe del batallón de la Constitución.

La gravedad de las heridas hacía inaplazable trasladarlo al hospital. Sobre una camilla, acompañado por su hermano, que le hacía de ayudante de campo, de sus tres hijos y cuatro soldados de escolta, tomaron la estrecha vereda abierta en la manigua que llevaba a San Miguel de Lajas, tan escondida que los hombres del ala izquierda de Ludlow, situados todo el día a escasos metros de ella, no fueron capaces de detectarla hasta ese momento. Contra la costumbre inmemorial de respetar a los heridos y

vulnerando el Convenio de Ginebra de 1864, sus fusiles se cebaron contra el doliente cortejo. El general y los camilleros cayeron heridos de muerte; ayudantes y escolta, en lugar de buscar refugio, se echaron los cuerpos a la espalda para quedar tendidos en el camino poco después.

Lamento tener que comunicarle —comunicó Shafter a Toral el 4 de julio, intentando compensar con honras fúnebres la vergonzosa acción de sus tropas— el fallecimiento del general Vara de Rey, quien con dos de sus hijos resultó muerto en el curso del combate del 1 de julio. Su cuerpo será enterrado esta mañana con honores militares. Su hermano, el teniente coronel Vara de Rey, está herido y se halla prisionero en mi poder, juntamente con el capitán Vara de Rey.

La falta del jefe desmoralizó a los defensores y acabó con la resistencia. Puñet reunió al centenar de hombres que estaba en condiciones de andar, y los condujo por la senda anterior. Atacados también por los que acababan de rematar a su general, aún tuvieron fuerzas para obligarles a ponerse a cubierto, y llegar sin novedad a Santiago bien entrada la noche.

La guarnición del blocao *Río* se encargó de proteger el repliegue; conseguido esto, se entregó a los yanquis. Los 14 hombres del blocao *Norte*, cuya ocupación Lawton había encomendado, desde antes del amanecer, a los 200 cubanos que le acompañaban, continuaron defendiéndolo otras veinticuatro horas.

Al entrar en el poblado, los asaltantes contaron 55 cadáveres e hicieron prisioneros a los heridos que no pudieron ser evacuados. Fuera, en el campo, 108 muertos y cerca de 500 heridos norteamericanos seguían tendidos al sol.

El Caney —diría el comandante Wester, testigo presencial de la acción en calidad de agregado militar sueco—, con su tempestad de fuego, con los refuerzos de nuevas brigadas que se necesitaron, con la decisión del General Lawton de continuar la lucha, quedará como uno de los combates más dramáticos y más emocionantes de la Historia militar moderna, en el que la bandera roja y amarilla fue defendida con heroísmo inmenso y con un cariño patriótico y abnegado, nunca superado quizás.

El combate de las Lomas de San Juan

Los norteamericanos habían establecido su base de partida en las inmediaciones de la finca El Pozo, tres kilómetros al este de la ciudad, donde, al anochecer del 30 de junio, el general Wheeler instaló a su pedestre División de Caballería en el campamento recién abandonado por los hombres de Lawton. A primera hora del día siguiente, llegó el

general Kent con la 1.^a División de Infantería, situándola a retaguardia de la anterior. Horas después lo hizo la brigada independiente de Bates, tras una agotadora marcha nocturna desde Siboney. La partida de García, que llevaba varios días en El Pozo, fue enviada hacia el norte, a fin de servir de enlace con la 2.^a División y alertar de la eventual aproximación de la brigada de Guantánamo.

Linares permaneció en vela toda la noche, inquieto y desconcertado por los movimientos del enemigo, y conocedor de la concentración de fuerzas en El Pozo, noticia teleografiada a La Habana horas antes de iniciarse el ataque a El Caney:

Tropas americanas acampadas en La Redonda elevaron esta tarde un globo varias veces para reconocer nuestras posiciones. Campamento nuestro Ermitaño me avisa que también esta tarde ha observado movimiento de fuerzas enemigas en sentido de avance hacia El Pozo, una legua de la Plaza.

No obstante, la información recibida no llegó a convencerle de que la acción principal podría venir por esa dirección, y siguió aferrado a la hipótesis que llevaba días barajando, es decir, que Shafter trataría a toda costa de apoderarse de El Morro y La Socapa, tal como el simulado ataque de la brigada Duffield parecía confirmar. Así lo dejó reflejado en telegrama cursado el día anterior: “Enemigo desde ayer intenta con insistencia atrincherarse orilla izquierda desembocadura Aguadores”.

Por ello, al despuntar el alba del 1 de julio, sólo cuatro compañías del Batallón de Cazadores de Talavera de la Reina, con dos pequeños cañones de montaña, se interponían entre el V Cuerpo de Ejército y la ciudad de Santiago de Cuba. Sólo unos 400 hombres, cuya misión era vigilar los caminos procedentes de Sevilla y de El Caney.

Su jefe, el coronel Baquero, tenía establecido su puesto de mando en el blocao *Canosa*, con dos compañías en primera línea, en la cresta de las Lomas de San Juan, otra en las trincheras situadas en el punto de encuentro de los citados caminos, y la cuarta, con los cañones, alrededor del blocao (Mapa n.º 7).

La primera línea se apoyaba sobre una loma irregular de unos 1.200 metros de longitud, orientada en sentido norte-sur y atravesada por el camino de Sevilla. El terreno circundante era bastante despejado —sólo hierba alta y algunos arbustos—, hasta la margen del río San Juan, en cuya ribera opuesta crecía el bosque tropical.

La parte sur, muy escarpada, tenía forma de bastión, con el blocao *San Juan* dominando los cercanos vados, y una pequeña casa de labor junto al camino. Hacia el norte, la cresta formaba un semicírculo, de cuyo extremo partía otra loma hacia el sur,

prolongada hasta la colina que los yanquis bautizaron *The Kettle*, por recordarles una olla o marmita invertida. En el centro de esta especie de anfiteatro y al fondo de la vaguada interpuesta entre la colina de San Juan y *The Kettle*, había una pequeña laguna, de 100 de ancho por 200 de largo.

El general Shafter, presa de la malaria, apenas podía tenerse en pie. El día del combate, sólo abandonó el lecho un par de veces para montar a caballo y observar la progresión de sus tropas desde una altura cercana a La Redonda, finca elegida como cuartel general y lugar de residencia. No obstante, nunca cedió el mando, sirviéndose del teléfono para enlazar con El Pozo, adonde destacó al teniente coronel McClernand, jefe de su Estado Mayor, o directamente con la primera línea, a través del teniente Miley, uno de sus ayudantes. Wheeler, también indispuerto, no pudo incorporarse al combate hasta después del mediodía.

Según el plan previsto la tarde anterior, la División de Caballería y la 1.^a de Infantería debían permanecer en la base de partida hasta que Lawton hubiera ocupado El Caney. Logrado este objetivo, ambas avanzarían en paralelo hacia las Lomas: la Caballería a la derecha, y la Infantería a la izquierda, separadas por el camino de Sevilla a Santiago.

El heterodoxo despliegue y actuación de la artillería obedeció a planteamientos o circunstancias nunca suficientemente aclaradas. Se recordará que el V Cuerpo disponía de cuatro baterías de campaña, compuesta cada una de ellas por cuatro cañones de 75 mm., más una serie de piezas de sitio, cuyo tardío desembarco y dificultades de transporte impidieron utilizar hasta finales de la primera semana de julio.

Una de las baterías quedó afecta a la 2.^a División, acertada decisión que hizo posible tomar El Caney. Otra, emplazada en El Pozo, fue de dudosa eficacia en el ataque y asalto de las Lomas de San Juan, como después veremos. Las otras dos, dejadas inicialmente muy a retaguardia, recibieron después orden de avanzar hasta La Redonda, donde permanecieron a lomo de los mulos desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde. Sólo entonces, trasladadas a El Pozo, fueron descargadas. Sus cuatro únicos disparos coincidieron con el momento en que la infantería se lanzaba al asalto, por lo que tuvieron que interrumpir el fuego.

Nada más despuntar la mañana, el retumbar de los cañones que bombardeaban El Caney sacó a Linares de su residencia y le hizo adelantarse a la encrucijada de *Canosa*, de cuyo blocao ya no se movió hasta ser herido a las 15.30. Llevaba consigo, para reforzar aquella posición avanzada, una compañía del Batallón de Cazadores de Puerto

Rico, 100 guerrilleros agregados a los Regimientos de Infantería de Cuba y San Fernando, y 40 guardias civiles.

¡Escasos efectivos para enfrentarse a un cuerpo de ejército! Hay que insistir en que Linares desconocía la verdadera entidad del enemigo que tenía enfrente, y que actuaba en la hipótesis de que una división norteamericana había desembarcado en Aserradero y que las otras dos se encontraban entre Siboney y Aguadores. Además, adquirida toda su experiencia bélica en guerras irregulares, acostumbrado a combatir contra pequeñas partidas, difícilmente entraría en sus cálculos que Shafter osara empeñar todas sus fuerzas en un solo combate decisivo, que se jugara a una sola carta la suerte de la expedición.

Únicamente esto puede ayudar a explicar la anómala decisión de un general que, teniendo 5.719 soldados a mano en Santiago y sus posiciones avanzadas —bien es cierto que el 20 por ciento de ellos hospitalizados—, a menos de una hora de marcha de *Canosa*, sólo implicara 1.367 en la acción del 1 de julio, y, para más inri, repartidos entre dos posiciones —El Caney y Lomas de San Juan—, distantes entre sí cinco kilómetros.

Al llegar a *Canosa*, como primera providencia, envió la compañía de Puerto Rico a la primera línea, donde también adelantó su parca artillería. Durante hora y media, todo permaneció en calma. Solamente el lejano estruendo del cañón y los ecos de las descargas de fusilería, procedentes de El Caney, rompían la quietud de la mañana. Fue precisamente la enconada resistencia de Vara de Rey lo que precipitó la partida y que, a las ocho, nada más terminar de instalar el teléfono, Shafter llamara a McClernand y le conminara a iniciar el combate.

Veinte minutos después, cuatro granadas rompedoras explosionaron en las inmediaciones del blocao *San Juan*, al tiempo que una densa humareda indicaba el emplazamiento exacto de la batería (recuérdese que los yanquis carecían de pólvora sin humo). Al sexto disparo, los dos cañones de San Juan abrieron fuego de contrabatería, hicieron blanco a la primera y lograron silenciar totalmente a los norteamericanos en tres cuartos de hora. Éstos fueron incapaces de localizarlos en todo el día.

El duelo artillero obligó a despejar la atiborrada y vulnerable base de partida, donde ya se habían producido varias bajas. A las 9.15, McClernand ordenó a la División de Caballería que se quitara de en medio y avanzara por el camino de Santiago “hasta la linde del bosque”. El general Sumner, que ejercía el mando en ausencia de Wheeler,

quiso saber qué hacer una vez allí, a lo que se le contestó: “esperar nuevas instrucciones”.

El camino de Santiago, en el tramo comprendido entre El Pozo y los vados situados frente al blocao *San Juan*, discurría por la ribera sur del arroyo Aguadores, hundido en el terreno y flanqueado por una densísima e impenetrable vegetación. Su angostura obstaculizó y retrasó considerablemente el avance, al obligar a marchar en columna de a cuatro, durante dos kilómetros, a los 6.000 hombres que participaron en el combate. ¡Aquel cuello de botella hubiera sido la tumba del V Cuerpo de haber contado Linares con más y mejor artillería!

Hacia las diez, la avanzadilla española situada al pie de la colina de San Juan abrió fuego contra la vanguardia de Sumner, que se disponía a vadear el Aguadores, reintegrándose de seguido a su posición. Cerradas descargas procedentes de las trincheras hicieron retroceder a los exploradores, lo que detuvo la marcha de la larga columna que llegaba hasta El Pozo. Además, el globo cautivo que remolcaban bajo la dirección del teniente coronel Derby, jefe de Ingenieros, marcaba con claridad su posición. Los cañones de San Juan cambiaron de emplazamiento para batir más eficazmente el camino, logrando también echar a tierra el amarillento globo.

Bajo una lluvia de balas y esquirlas de metralla, los soldados profesionales de la División de Caballería cruzaron a la carrera los vados situados al norte del encuentro del Aguadores con el San Juan —letal confluencia que los corresponsales de prensa llamaron *The Bloody Bent* (La Curva Sangrienta)— y, sin orden ni concierto, buscaron refugio en los taludes del río, unos a cubierto y los más expuestos al fuego de los españoles.

Los *Rough Riders*, cuya condición de tropa voluntaria les proporcionaba cierta autonomía, decidieron buscarse un eje de progresión menos expuesto, por lo que, tras el episodio del globo, abandonaron el camino y remontaron el curso del arroyo de Las Guamas. Recorridos unos 800 metros, cuando estaban a punto de dar marcha atrás, tuvieron la suerte de toparse con un sendero abierto en la manigua, que les condujo a la orilla del San Juan.

Poco antes del mediodía, la diezmada División de Caballería esperaba órdenes, desplegada frente a *The Kettle*. Entretanto, el general Kent, nada más recibir la orden de despejar El Pozo y señalársele como referencia para su avance “la casilla blanca con tejado rojo” que se vislumbraba sobre la colina de San Juan, dispuso que la 1.ª División

de Infantería abandonara cuanto antes la base de partida, batida por la artillería española, sin pararse a pensar que el camino no daba más de sí.

Sus hombres pugnaron por abrirse paso entre los de Wheeler, marchando en discontinuas hileras de a uno y colaborando decisivamente a complicar aún más la ya de por sí difícil progresión. Una vez más, la fortuna vino en auxilio de los estadounidenses, esta vez de la mano de Derby, quien, antes de ser abatido el globo, creyó entrever desde arriba un sendero, pocos metros al sur y en paralelo al camino principal.

El descubrimiento de esta vía alternativa facilitó considerablemente la maniobra de aproximación. El 6.º y el 16.º de Infantería, pertenecientes a la Brigada I/1, ya estaban cerca de los vados y era costoso hacerles retroceder, por lo que los primeros en enfilear el sendero fueron los voluntarios de Nueva York.

Los neoyorquinos alcanzaron el vado sur del San Juan en unos minutos, pero apenas se dejaron ver fueron acribillados desde la colina. “Petrificados por el pánico”, rezaba el parte oficial del general Kent, se tiraron al suelo, metieron la cabeza bajo los matorrales, taponaron con sus cuerpos el sendero, y nadie fue capaz de hacerles avanzar.

A las 12.20, un ayudante aceleró la marcha de la Brigada III/1, que iba a la zaga, pero, al enfilear el sendero, sus hombres se detuvieron ante el bochornoso espectáculo que tenían delante. Kent, muy irritado, voceó al coronel Wikoff: “Diga a su brigada que no se moleste ni tenga miramientos con esa gentuza”.

Tres regimientos se abrieron paso, esquivando, cuando no pisoteando, los cuerpos de los aterrados voluntarios, y, tras vadear el río, desplegaron en línea, 500 metros al sur de la colina de San Juan. Sus defensores centraron el tiro en los recién llegados. Wikoff fue herido de muerte; el teniente coronel Worth, jefe del 13.º de Infantería asumió el mando de la brigada, antes de ser herido y reemplazado por el teniente coronel Licum, jefe del 24.º. Tras correr éste la misma suerte, Ewers, el más moderno de los tenientes coroneles, jefe del 9.º, tomó el mando.

Al advertir los voluntarios que ya no eran el blanco de los españoles, se levantaron y empezaron a disparar hacia la colina por entre la maleza. Como es lógico, sólo causaron daño a los soldados profesionales que les habían sobrepasado, y fue preciso enviar un oficial para que cesara el demencial tiroteo. ¡Al día siguiente, los titulares del *New York Herald* y del *New York Journal*, inventores del periodismo amarillo y muñidores de aquella guerra, proclamaron: “Los bizarros voluntarios a la cabeza en el ataque”!

Poco antes de la una, el despliegue había finalizado. Seis regimientos de Caballería y ocho de Infantería permanecían a la espera a lo largo de la ribera oeste del San Juan,

batidos por el fuego de las trincheras españolas. El teniente Miley urgió a McClernand la orden de ataque: “Las Lomas deben ser tomadas a cualquier coste. Retirarse ahora sería desastroso”. El jefe de Estado Mayor telefoneó a Shafter, quien le autorizó a iniciar el asalto, si estimaba que iba a tener éxito. McClernand, al transmitir el mensaje, añadió de su propia cosecha: “Por el ruido que se oye, Lawton debe estar pasándolo mal. No permitamos que combata en solitario”.

Un cuarto de hora después, unos 400 hombres del 1.º de Caballería y otros tantos del regimiento de *Rough Riders* escalaban la escarpada pendiente de *The Kettle*, apoyados por las ametralladoras y fusiles de su División. Los 50 quintos que la defendían resistieron hasta que tuvieron a los yanquis a 150 metros, momento en que la superioridad numérica se impuso y decidieron replegarse hacia la colina situada al noroeste. La abandonada posición fue ocupada sin tardanza por los cuatro regimientos que no participaron en el asalto.

En aquel mismo momento, la colina de San Juan estaba amenazada por las Brigadas de Infantería I/1 (Hawkins) y III/1 (Ewers), la primera protegida por los taludes del San Juan, al sur del camino de Sevilla, y la segunda, a descubierto, en la explanada existente al oeste de *The Bloody Bent*. La II/1 (Pearson), tras cruzar los vados, había progresado hacia el sur, aprovechando el abrigo que proporcionaba el cauce del río, para constituirse en reserva divisionaria.

En el campo español, a la vista de los muchos heridos que llegaban de las Lomas, Linares envió a su ayudante, el comandante Domingo Arráiz, para que le informara de la situación. Arráiz se enfrentó a un panorama desolador: la mitad de los oficiales estaba fuera de combate, los muertos se contaban por docenas y los cañones no podían disparar por falta de artilleros. Autorizado por Linares para ordenar la retirada, si era llegado el caso, tomó esa decisión y regresó al galope a *Canosa*.

Poco después, hacia la una y media, tres ametralladoras *Gatling*, emplazadas cerca del vado, barrieron la cima de la colina. El efecto fue devastador y, en menos cinco minutos, un centenar de españoles iniciaron el repliegue.

El repliegue fue protegido por los 100 jinetes cubanos de la guerrilla montada, destacados por Linares al efecto. La misma fuerza consiguió desmontar, cargar y llevar a *Canosa* los dos cañones de montaña, singular hazaña realizada durante los veinte minutos que tardaron los norteamericanos en alcanzar la cima.

El cornetín de órdenes de Hawkins tocó ataque y 2.000 yanquis se lanzaron al asalto. En desfilada de los fusiles de los defensores, una turba de soldados, sin observar

formación alguna, trepó por la ladera. Al coronar la cresta, la escasa fuerza que todavía permanecía dentro y alrededor del blocao, hizo retroceder a los asaltantes. Empujados por sus jefes y al grito de hurra, se reinició el ataque y, hacia las dos, se ocupó la posición, donde ya sólo quedaban muertos y heridos.

Simultáneamente, el ala izquierda avanzó hasta las alturas situadas al sur de la colina y la Caballería se corrió desde *The Kettle* hacia el norte, para posicionarse en la loma semicircular existente al norte del camino.

Ante la evidente desproporción de fuerzas, poco más pudieron hacer nuestros soldados. No obstante, la enconada resistencia de la primera línea impidió que aquel mismo día Shafter se plantara a las puertas de Santiago. Los norteamericanos, realmente extenuados, pero sobre todo pasmados del tesón de los españoles, con el que no contaban, fueron incapaces de afrontar otro combate de igual magnitud que el librado por la mañana, y puede decirse que tiraron la toalla.

Conquistada la primera línea, se limitaron a fortificarla y a emplazar en ella las ametralladoras. También adelantaron una batería de campaña, pero la humareda que causaban sus disparos obligó a situarla detrás de *The Kettle*. El combate se reanudó hacia las tres y continuó hasta que oscureció, sin que los esfuerzos combinados de las dos divisiones lograran ningún resultado positivo.

La secundaria posición de *Canosa*, situada a menos de 500 metros del linde de la ciudad, había adquirido categoría de último reducto defensivo y Linares se aprestó a defenderla a cualquier coste. Sin embargo, era ya tarde para desplegar allí grandes efectivos. Los más lejanos difícilmente podían llegar a tiempo. Los más cercanos tenían enfrente al enemigo. Todo lo que pudo reunir fue un centenar de convalecientes y una compañía de marineros, mandada por el capitán de navío Bustamante, que fue herido de muerte al intentar recuperar con sus hombres la colina de San Juan.

Linares, a la media hora de permanecer al borde de una trinchera para dirigir personalmente el tiro, cayó herido. Evacuado al hospital y tras recibir la primera cura, dictó un breve resumen de la jornada, teleografiado a La Habana por su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Ventura Fontán, a las seis y media de la tarde:

Por encargo general Linares, que se halla hospital curando herida, comunico vucencia la siguiente: Al mediodía fue rudamente atacada la plaza, logrando enemigo apoderarse posición avanzada Lomas San Juan, después tres horas tenaz resistencia, causarnos más de mitad bajas y salvar artillería. Considerando la heroica defensa he cumplido ofrecimiento, permaneciendo en puesto más avanzado, animando tropa, hasta ser herido, atravesado antebrazo izquierdo, interesando hueso, y entrego mando al general Toral, quien dará a

vucencia detalles cuando termine ataque que aún continua. Muchas bajas tenidas, que no pueden todavía precisarse [...]. Enemigo número considerable atacó esta mañana artillería y fusilería poblado Caney, siendo rechazado por columna general Vara de Rey. A la tarde reanudóse ataque Caney, apoderándose dicho poblado después enérgica defensa y resultar, según noticias, muerto general Vara de Rey, [...] y otros más. No ha llegado, ni tengo noticias columna Escario.

En San Juan, las bajas fueron también terribles. En el bando español, 226 (27 muertos y 199 heridos); en el norteamericano, 926 (131 muertos y 795 heridos). Porcentualmente, las bajas españolas superaron con creces a las norteamericanas —37 y 15 por ciento, respectivamente—, algo muy poco habitual para un ejército a la defensiva y muestra de la tenacidad de la resistencia y la dureza del ataque.

* * *

El día 2 se reinició el fuego nada más amanecer y continuó hasta bien entrada la noche. La división de Lawton, incorporada al combate principal, envolvió la ciudad por el norte, hasta llegar a Cuabitas, cortando el suministro de agua. La lluvia caída durante el día anegó las trincheras, dificultó los suministros y exasperó a los soldados americanos, habituados a praderas desérticas y a un buen abastecimiento. Muchos, hartos de balas, barro y privaciones, abandonaron las trincheras, siendo necesario desplegar el único escuadrón a caballo en El Pozo para frenar la desbandada.

Tras la puesta de sol, el general Sumner se dirigió a Wheeler y le instó a proponer a Shafter, haciéndose portavoz de buena parte de los oficiales y casi todos los soldados, que se aprovechara la noche para efectuar un repliegue ordenado, en lugar de tener que retirarse a la desesperada al día siguiente. Todos estaban convencidos de que los españoles contraatacarían con el mismo denuedo demostrado en la defensa tan pronto llegara la columna Escario, que entró en Santiago veinticuatro horas después.

Wheeler, aunque opuesto a la propuesta, se la tomó muy en serio y convocó un consejo de generales en El Pozo. Los otros dos divisionarios se alinearon con él y desaconsejaron abandonar la posición, pero Shafter consideró que sería más seguro replegarse a Sevilla y esperar a recibir refuerzos:

Tenemos la ciudad bien sitiada por el norte y por el este —telegrafió al secretario de la Guerra, nada más amanecer el 3 de julio—, pero nuestra línea es muy poco profunda. Reconocidas sus defensas desde muy cerca, las consideramos de tal fortaleza y entidad, que será imposible conquistarla por la fuerza con las tropas de que dispongo. Estoy

considerando seriamente retirarme unas cinco millas, para posicionarme en las alturas entre el río San Juan y Siboney, apoyando mi flanco izquierdo en Sardinero, al objeto de abastecerme a través del ferrocarril, pues las vías siguen en buen estado y hay locomotoras y vagones en Siboney.

Después de enviar el telegrama, Shafter hizo un sorprendente movimiento, una especie de órdago a la grande: exigió a Linares la inmediata capitulación de la plaza, amenazando con bombardearla si se negaba a hacerlo. Se trataba sólo de una bravata, pues carecía de medios para cumplir su amenaza. Sin embargo, la situación de Toral era desesperada: los víveres estaban a punto de agotarse, apenas quedaba agua en los aljibes y la llegada de los 3.000 hombres de la columna de Escario, más que ayudar, complicarían aún más las cosas.

Todo lo anterior perdió importancia cuando, a las 9.35 horas del mismo día —el fatídico 3 de julio de 1898— el crucero acorazado *Infanta María Teresa*, a la cabeza de la escuadra, apareció en la boca de la bahía de cara a su destrucción. Poco daba ya que Escario llegara aquella tarde, que Shafter se comprometiera con Washington a resistir en San Juan, o que Toral se inclinara por capitular en lugar de evacuar la plaza, como le exigía Blanco. La pérdida de los barcos dejó aislada a la guarnición de Santiago, incomunicada a Cuba con la metrópoli, y a ambas al albur del gobierno de Estados Unidos.

Fuentes documentales

Archivo Histórico Nacional, Sección de Estado, legajo 2841-3.
Archivo General Militar de Madrid, Fondo de Ultramar
Capitanía General de Cuba, cajas 3691, 3917, 3918 y 4103.
Documentación de Cuba, cajas 5793, 5796, 5797, 5799 y 5800.

Bibliografía

AZCÁRATE, Pablo de, *La guerra del 98*, Madrid, Alianza, 1968.
BALDOVÍN RUIZ, Eladio, “El Ejército español en Cuba”: *Revista de Historia Militar*, n.º 83 (1997), págs. 287-342.
BARÓN FERNÁNDEZ, José, *La guerra hispano-norteamericana de 1898*, A Coruña, Ed. do Castro, 1993.
BREVETÉ, Ch. Bride, *La Guerre Hispano-Américaine de 1898*, París, Librairie Militaire R. Chapelot, 1899.
BUENO CARRERA, José María, *El ejército español en Cuba (1895-98)*, Málaga, Grunoel, 2002.
CALLEJA LEAL, Guillermo G., “La voladura del Maine”: *Revista de Historia Militar*, n.º 69 (1990), págs. 163-196.
“La Guerra Hispano-cubano-norteamericana: los combates terrestres en el escenario oriental”: *Revista de Historia Militar*, n.º 83 (1997), págs. 91-160.
CARDONA, Gabriel y LOSADA, Juan Carlos, *Weyler, nuestro hombre en La Habana*, Barcelona, Planeta, 1998.

- CASALDUERO MARTÍ, Francisco, “Destrucción del Maine: un accidente que dio origen a una guerra”: *Revista de Historia Militar*, n.º 20 (1966), págs. 103-146.
- CHIDSEY, Donald Barr, *La guerra hispano americana, 1896-1898*, Barcelona, Grijalbo, 1973.
- COMPANYS MONCLÚS, Julián, *España en 1898: entre la diplomacia y la guerra*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1991.
- La prensa amarilla norteamericana en 1898*, Madrid, Silex, 1998.
- CORRAL, Manuel, *¡El Desastre! Memorias de un voluntario en la campaña de Cuba*, Barcelona, Imp. de Alejandro Martínez, 1899.
- DELGADO, Octavio Avelino, *The Spanish Army in Cuba 1868-1898: an institutional study*, Ann Arbor (Michigan), Columbia University Microfilms International, 1985, 2 vols. Tesis doctoral leída en 1980.
- FONER, Philip Sheldon, *La Guerra Hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, Madrid, Akal, 1972.
- GÓMEZ, Máximo, *Diario de campaña del Mayor General [...]*, Habana, Comisión del Archivo de Máximo Gómez, 1940.
- GÓMEZ NÚÑEZ, Severo, *La Guerra hispano-americana. Santiago de Cuba*, Madrid, Imp. del Cuerpo de Artillería, 1901.
- GUERRA, Ramiro, *En el camino de la independencia: estudio histórico sobre la rivalidad de Estados Unidos y Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia de Cuba, con un apéndice titulado “De Monroe a Platt”*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1974.
- KUNZ, Mayor, *Ejercicios tácticos de las guerras de los tiempos modernos. La Guerra Hispano-Americana*, Barcelona, Imp. Vda. de Casanovas, 1909.
- MCINTOSH, Burr, *The little I saw of Cuba*, London, F. Tennyson Neely, 1899.
- MULLER Y TEJEIRO, José, *Combates y capitulación de Santiago de Cuba*, Madrid, Imp. de Felipe Márquez, 1898.
- NAVARRO CUSTÍN, Jorge, “Nuevas bases en torno a la voladura del Maine”: *Diario de las Américas*, Miami, 11 de febrero de 1988.
- NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael, *El Ejército español en el Desastre de 1898*, Madrid, Arco Libros, 1997.
- OFFNER, John L., *An unwanted war: the diplomacy of the United States and Spain over Cuba*, London, The University of North Carolina, 1992.
- PANDO DESPIERTO, Juan, “Las conversaciones Prim-Sickles: España-Cuba-Estados Unidos en 1868-70”: Juan Pablo FUSI y Antonio NIÑO (eds.), *Antes del “desastre”: Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, UCM, 1996, págs. 359-377.
- PHELPS, E. J., *Intervención en Cuba. Carta de Mr. [...], ex-Ministro de los Estados Unidos en Londres, al Honorable Mr. Levi P. Morton, ex-Vicepresidente de la República, sobre el aspecto internacional de la cuestión de Cuba, con adición del Manifiesto del Gobierno Colonial de Cuba al Presidente de los Estados Unidos*, New York, s. imp., 1898.
- PLAZA, José Antonio, *El maldito verano del 98: los 112 días de la Guerra con los Estados Unidos*, Madrid, Temas de Hoy, 1997.
- POLAVIEJA, Marqués de, *Relación documentada de mi política en Cuba. Lo que vi, lo que hice, lo que anuncié*, Madrid, Imp. de Emilio Minuesa, 1898.
- PUELL DE LA VILLA, Fernando, “El Grito de Baire: frustración de una vocación europeísta”: Juan Pablo FUSI y Antonio NIÑO (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, págs. 115-131.
- “La insurrección en Cuba y Filipinas”: *Revista Española de Defensa*, septiembre 1998, págs. 38-45.
- “Cara y cruz del “desastre” militar”: *Imágenes y ensayos del 98*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 1998, págs. 75-116.
- Historia del ejército en España*, Madrid, Alianza, 2000.
- “De la belicosidad a la neutralidad”: José A. FERRER BENIMELI (dir.), *El conde de Aranda y su tiempo*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2000, t. II, págs. 301-322
- SARGENT, Herbert H., *The Campaign of Santiago de Cuba*, London, Kegan Paul, Trench, Trübner & Co., Ltd., 1907, 3 vols.

- SEQUEIRA MARTÍNEZ, Luis de, “Las trochas militares en las campañas de Cuba (1868-1898)”:
Revista de Historia Militar, n.º 81 (1996), págs. 107-145.
- WESTER, Arvid M. T. E., *El combate de “El Caney”*, Madrid, Establecimiento Tipográfico “El Trabajo”, 1906.
El combate de “San Juan”, Madrid, Publicaciones de la “Revista Técnica de Infantería y Caballería”, 1909.

Tabla n.º 1: Las tropas españolas de Santiago de Cuba

Jefe del IV Cuerpo de Ejército: Teniente general Antonio Linares Pombo

Jefe de Estado Mayor: Tte. coronel Ventura Fontán Pérez de Santamaría

División de Cuba

Jefe: General de división José Toral Velázquez

LOCALIZACIÓN	UNIDAD	FUERZA
Plaza y castillos	Regimiento de Infantería de Cuba	1 compañía
	Artillería de plaza	4 baterías
	Batallón Mixto de Ingenieros	1 compañía
	Milicia Voluntaria	1 compañía
	Milicia Urbana	3 compañías
	Guerrilla montada	2 secciones
Zona de Cultivos	Regimiento de Infantería de Cuba	8 compañías
	Regimiento de Infantería de San Fernando	4 compañías
	Regimiento de Infantería de la Constitución	3 compañías
	Batallón de Cazadores de Puerto Rico	4 compañías
	Artillería de montaña	½ batería
	Batallón Mixto de Ingenieros	1 compañía
Milicia Voluntaria	8 compañías	
Zona de El Cobre	Regimiento de Infantería de Asia	8 compañías
	Milicia Voluntaria	1 compañía
Distrito Minero	Batallón de Cazadores de Talavera la Reina	6 compañías
	Milicia Voluntaria	3 compañías
	Batallón Mixto de Ingenieros	1 compañía
Sierra Maestra	Regimiento de Infantería de Cuba	3 compañías
	Regimiento de Infantería de San Fernando	2 compañías
	Regimiento de Infantería de la Constitución	3 compañías
	Batallón de Cazadores de Puerto Rico	2 compañías
	Regimiento de Caballería del Rey	2 escuadrones
	Guardia Civil	1 compañía
	Milicia Voluntaria	3 compañías
	Guerrilla montada	4 secciones

Tabla n.º 2: El Ejército de la República de Cuba en julio de 1898

Generalísimo: Máximo Gómez
Lugarteniente general: Calixto García

Zona	Unidades	Jefe	Hombres	Vivos	Muertos
Santiago	I Cuerpo Ejto. 1.ª División 2.ª División	Antonio Maceo (muerto) Pedro A. Pérez Agustín Cebreco	16.150	13.965	2.185
Santiago	II Cuerpo Ejto. 1.ª División 2.ª División 3.ª División 4.ª División	Jesús Sablón, al. <i>Rabí</i> Salvador Hdez. Ríos Saturnino Lora J. M. Capote Luis de Feria	13.306	11.737	1.569
Camagüey	III Cuerpo Ejto.		4.396	3.960	436
Sta. Clara	IV Cuerpo Ejto.		9.539	6.980	2.559
Matanzas	IV Cuerpo Ejto.		5.935	3.537	2.398
Pinar del Río	IV Cuerpo Ejto.		4.478	2.960	1.518
TOTAL			53.804	43.139	10.665

Tabla n.º 3: El V Cuerpo de Ejército de los Estados Unidos

Jefe: Mayor General William Rufus Shafter

Jefe de Estado Mayor: Tte. coronel E. J. McClernand

UNIDADES	JEFE	COMPOSICIÓN
1.ª División de Infantería	GB Kent	Brigadas I/1, II/1 y III/1
Brigada de Infantería I/1	GB Hawkins	6.º Regimiento de Infantería 16.º Regimiento de Infantería 71.º de Voluntarios de Nueva York
Brigada de Infantería II/1	Col Pearson	2.º Regimiento de Infantería 10.º Regimiento de Infantería 21.º Regimiento de Infantería
Brigada de Infantería III/1	Col Wikoff	9.º Regimiento de Infantería 13.º Regimiento de Infantería 24.º Regimiento de Infantería
2.ª División de Infantería	GB Lawton	Brigadas I/2, II/2 y III/2
Brigada de Infantería I/2	GB Ludlow	8.º Regimiento de Infantería 22.º Regimiento de Infantería 2.º de Voluntarios de Massachussets
Brigada de Infantería II/2	GB Miles	1.º Regimiento de Infantería 4.º Regimiento de Infantería 25.º Regimiento de Infantería
Brigada de Infantería III/2	GB Chaffee	7.º Regimiento de Infantería 12.º Regimiento de Infantería 17.º Regimiento de Infantería
División de Caballería	GD Wheeler	Brigadas I y II (desmontadas)
Brigada de Caballería I	GB Sumner	3.º Regimiento de Caballería 6.º Regimiento de Caballería 9.º Regimiento de Caballería
Brigada de Caballería II	GB Young	1.º Regimiento de Caballería 10.º Regimiento de Caballería 1.º Regimiento de <i>Rough Riders</i>
Brigada Independiente	GB Bates	3.º Regimiento de Infantería 2.º Regimiento de Infantería Escuadrón a caballo, 2.º de Caballería
Grupo de Artillería Ligera	Cte Dillenback	4 baterías de campaña 75 mm. 2 baterías de sitio 1 batería de ametralladoras <i>Gatling</i>
Batallón de Ingenieros	Tcol Derby	3 compañías de Zapadores 1 unidad de Transmisiones 1 sección de Aerostación